
D
DETECTIVE
BOSCH P.
Alar Benet
MISION SUICIDA

class="text_1">SUICIDA

ALAR BENET

MISIÓN SUICIDA

1ª EDICIÓN
SEPTBRE – 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

Título original:

SUICIDE ERRAND

Versión Castellana de:

M. GIMENEZ

Printed in Spain

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona



AL LECTOR

Sentiría, lector, que al terminar la novela que tienes en tus manos pensaras que se trata de una obra puramente imaginativa, escrita con el afán de acumular emociones. No es así. MISIÓN SUICIDA pretende reflejar, con el heroísmo de un detective secreto de la Policía Metropolitana, el clima de co-rrupción administrativa y moral que padecen los Estados Unidos.

Existe en Norteamérica un gobierno fantasma, re-gido desde Italia por «Lucky» Luciano, el «Em-perador del vicio», recientemente acosado por las autoridades. Él es árbitro de los conflictos que pue-den originarse entre los dos grandes Sindicatos del Crimen, el número 1, que opera en Chicago y Mia-mi (presidido por Tony Accardo, Jake Guzik y los hermanos Fischette), y el número 2, que radica en Nueva York y también en Miami, ciudad repartida, previo acuerdo. Este sindicato lo presiden Frank Costello y Joe Adonis.

Las máquinas tragaperras, las apuestas, el trá-fico de drogas y la prostitución son los principales negocios de tan gigantesco imperio delictivo, que re-cauda por término medio todos los años la increíble cantidad de dos mil doscientos cincuenta millones de dolares. Parte de este dinero se gasta en sobornos y en favorecer las campañas electorales de alcaldes y gobernadores adictos, al menos por inhibición, a ta-les sindicatos.

Han sido numerosas las investigaciones realiza-das por el Gobierno, la más famosa la del «Comité Kefauver». Sin embargo el temor silencia a los tes-tigos y el oro los anula. Pese a que los «gangsters» se han convertido en burócratas y hombres de ne-gocios; aun operan en las grandes ciudades grupos de criminales que, desviando la atención de la po-licía de los verdaderos magnates del crimen, son sus brazos ejecutores, a modo de tributo del siervo al señor.

¡Para qué seguir! Los datos que pudiera darte aquí de forma poco amena los encontrarás a lo lar-go de la emocionante aventura de un detective, en MISIÓN SUICIDA, cara a la muerte. A más del fon-do histórico — triste fondo histórico — me guía el honrado afán de distraerte.

CAPÍTULO I

A las tres de la madrugada la ciudad de Chicago no dormía. Su segunda vida hallábase en peligrosa efervescencia. En los suburbios — ¡terrible barrio del Loop! — y hasta en las más céntricas calles, hom-bres y mujeres vibran a los impulsos del odio, las pasiones, los vicios y la muerte. En las tabernas, entre juramentos, humo de cigarrillos y alcohol, se concertaban proyectos que harían estremecer a los que, ajenos al nocturno volcán, descansaban del honrado trabajo diario, disponiéndose a enfrentarse con los quehaceres de la nueva jornada.

Pasados los tiempos de Al Capone, Big Jim Co-losimo, John Torrio, Cosmano, Dean O'Banion, los seis Genna, Dillinger y tantos otros que se titularon «reyes del crimen», Chicago conservaba el regusto de su vieja historia. La ciudad, que se alza a ori-llas del Lago Michigan, era refugio de cuantos, frente a la Ley, querían convertirse en dictadores por el terror y la violencia. Morgan White, jefe de un «gang» integrado por hombres sin escrúpulos, para quienes al asesinato no representaba otra cosa que un mero accidente, era uno de los que ambicionaban el poder absoluto.

El reflejo de las luces eléctricas, al proyectar su sombra en el suelo, le daba un aspecto de sapo, re-pelente. El «gangster», de corta estatura, pecho abombado y largos brazos, caminaba por la avenida 52, de la que pasó a la de Odgen para alcanzar Kedzie. A la altura de los canales de Drenaje y de Illinois se detuvo para consultar su reloj de bolsillo. Aun dis-ponía de media hora para ordenar sus pensamien-tos. No debió aceptar la cita propuesta por Larry Bolt, y menos acudir a ella sin escolta. ¿Por qué lo hizo? Morgan White deseaba demostrar al jefe de «gang» enemigo que nada era capaz de intimidarle.

De la calle 57 el «gangster» llegó a la 59 para des-cender por la avenida Woodlavn, yendo a pararse en la puerta principal del Parque Jackson, en *67th street*.

Miró en torno suyo. El sitio no estaba mal ele-gido. Los árboles del paseo podían servirle de refu-gio para una lucha a muerte. Las ramas protegíanle de una emboscada desde la casa frontera.

Faltaban dos minutos para las tres y media cuan-do vió aproximarse a un hombre, que avanzaba am-parándose en la sombra proyectada por los álamos negros que adornaban *67th street*. Su enemigo tam-bién acudía solo.

Morgan White mordióse los labios con despecho. Él confiaba en que su rival se presentara con sus inseparables «guardaespaldas». No temía la superio-ridad numérica por su extraordinaria rapidez en el manejo de las armas de fuego. Quizá, entonces, hu-biera tenido oportunidad de eliminar a los que de-seaban la paz, una paz imposible mientras alguien se opusiera a su dominio de los bajos fondos.

Dispuesto a repeler cualquier traición, White se situó a la izquierda de un chopo, sin perder de vista al que se acercaba.

—Hola, Morgan.

El desprecio asomó a los labios del «boss».

—¿Te ha mandado Larry de descubierta para que le informases de si mis «artilleros» le aguardaban? Siempre dije que tu jefe era un cobarde.

—¡Larry no podrá mandar ya a nadie! Le han cazado al salir de una taberna de la calle Clark. Vengo a comunicártelo para que no esperes en vano.

El que hablaba, Andrew Elliot, era un hombre joven, de aparente debilidad

física, a juzgar por su delgadez. Su rostro, enérgico, anguloso, y sus ojos fríos, inexpresivos, contrastaban con la falta casi ab-soluta de barba. Representaba alrededor de los vein-ticuatro años aunque era grande su experiencia en el mundo del delito por estar desde los veinte a las ór-denes del sanguinario Larry Bolt.

Morgan White humedeció sus labios con la len-gua, gesto en él habitual cuando algo le sorprendía, e inquirió:

—¿Cómo ha sucedido?

Las pupilas de Andrew Elliot se clavaron en las de su interlocutor.

—¿De verdad no lo sabes?

—¿Qué es lo que insinúas? — bramó Morgan.

—Lo que los muchachos aseguran: que tú diste orden de liquidar a Larry. Te estorbaba.

—Yo no lo he hecho. ¿Cómo pudieron cazarle? No era un novato.

—Tampoco lo fueron otros, y están ya en la se-pultura. Pal Garret y Velja Lynn fueron los prime-ros en abandonar el local. Eran las dos de la madru-gada, y no había coches en las inmediaciones. Las ventanas de la casa fronteriza estaban cerradas. En la acera un individuo harapiento, con un violín, cuyo estuche de madera pendía de uno de sus costados, in-terpretaba una vieja canción napolitana. Los dos hombres de confianza de Bolt se volvieron para ha-cer una seña a su «boss», indicadora de que el ca-mino estaba despejado. El mendigo, en un movi-miento rápido, sacó de la funda del violín una me-tralleta, comenzando a disparar. Pat Garret y Velja Lynn se tiraron al suelo una fracción de segundo an-tes de que el agresor apretara el gatillo. Larry Bolt, que salía de la taberna, encajó una ráfaga de pro-yectiles en el vientre.

—¿Qué fue del asesino?

—Huyó antes de que Pat y Velja pudieran dis-parar sus automáticas. Moribundo, condujeron a Lar-ry al cuartel general. No pudimos avisar al médico. El «boss» murió. Sus últimas palabras fueron: «Mor-gan se ha salido con la suya». Apenas hubo expirado, por general acuerdo, Pat Garret asumió la jefatura del «gang». Él me envía.

—¿Para decirme que Larry ha muerto? ¡No es-peraba de él tal atención!

—No seas irónico — repuso Andrew Elliot, con dureza —. Pat te aborrece. Vengo a decirte que tú has roto la tregua establecida, y que a partir de este momento queda declarada una guerra sin cuartel.

—¿Por qué no vino él? ¿Le dió miedo?

—Eso son cosas suyas. La próxima vez que nos encontremos, Morgan, ladrarán las pistolas.

—¿No has pensado que puedo matarte ahora mismo?

—Inténtalo.

Morgan White se jactaba de conocer a los hom-bres, y por el ademán y el tono de voz de Andrew comprendió que aquel joven no le temía. No quiso arriesgarse. La mano derecha de su antagonista roza-ba la solapa de la americana.

—Nos encontraremos en otra ocasión.

—Cuando quieras.

Elliot, impresionado por la trágica fama de Mor-gan, retrocedió sin darle la espalda hasta que unos árboles le ocultaron. Vió al «boss» enemigo perderse en la noche, y esperó lo que no iba a tardar en su-ceder. Pat Garret no quiso demorar la venganza.

De pronto, cercanas, restallaron numerosas deto-naciones, rompiendo el silencio. ¿Habría caído White en la emboscada? Disparos aislados de pistola

die-ron una negativa respuesta.

Avanzó rápido hasta reunirse con sus compañe-ros, que se hallaban ocultos tras las grandes colum-nas de la puerta principal del Museo Colombiano. Un proyectil silbó peligrosamente en sus oídos. Es-cuchó la voz de Velja Lynn, al tiempo que se deja-ba caer al suelo:

—¡Cuidado, Andrew! Está a tu izquierda. Te cu-briremos con nuestras armas.

Tableteó una «Thompson» y, cara a los fogonazos, Elliot corrió inclinado basta reunirse con tres de sus amigos.

—Hola, muchachos — dijo —. ¿Falló el golpe?

—Sí — repuso Giuseppe Orlando que, con Pat Garret, completaba el trágico terceto, que Elliot aca-baba de reforzar —. Ese hombre tiene un sexto sen-tido que le avisa de la muerte. Se protegió en un álamo un segundo antes de que apretara el gatillo del «ukelele» **(1)**. El plomo se chafó contra el árbol y las paredes. Repuso con fuego de pistola, pero su silencio me hace temer una trampa.

—Estuvo a punto de alcanzarme — comentó An-drew — Morgan es un «big-shot» **(2)**, y apenas nos mostremos nos tenderá para siempre. Esperemos a que se descubra. Ni a él ni a nosotros nos agradará enfrentarnos con una patrulla de la Metropolitana.

Mientras los miembros del «gang» del asesinado Larry Bolt dialogaban. White, consciente del riesgo que corría y reprochándose su valentonada de acu-dir solo a la cita de sus enemigos, ideó un plan au-daz. Era necesario que escapara. Sus dos revólveres no bastaban para hacer frente a cuatro pistoleros.

Retrocedió a un árbol, casi pegado a la fachada de una casa de vecindad, trepando por su tronco sin que sus enemigos advirtieran la maniobra. Ya sobre una gruesa rama comprobó que las del chopo inme-diato le brindaban un seguro puente.

Con el máximo sigilo, sintiendo desgarrársele el pantalón por los lugares en que apoyaba las piernas, fué pasando de árbol en árbol hasta alejarse unos veinte metros del Museo Colombiano. Descendió des-pacio, con los sentidos en tensión, dispuesto a de-fender su vida hasta el último aliento. No era ne-cesario. Ningún riesgo le amenazaba ya, y siempre protegido en la sombra proyectada por las ramas, se alejó en dirección contraria, hacia el Parque Jack-son, sonriendo del estupor de sus frustrados asesi-nos cuando comprobaran que «el pájaro había vo-lado». Era acertada la frase. Escapó por el aire, re-cordando sus tiempos de mozalbete en la granja de sus padres, en Michigan.

Un taxi desalquilado pasaba ante él, y lo detuvo. Fué a abrir la portezuela, pero el chofer le dijo:

—Voy a dormir. No le llevaré a ningún sitio.

—¿Y si le diera veinte dolares?

La elevada cifra hizo vacilar al chofer.

—Con ese dinero podría pagar la factura del ga-raje. Suba. Aunque me caigo de sueño le prestaré el servicio.

El automóvil arrancó. En su interior un hombre iba fraguando planes de venganza contra Pat Gar-ret, Andrew Elliot y sus camaradas que, atónitos, ocultos en las columnas del edificio cultural, no se explicaban el mutismo de Morgan.

—¿Y si le hubiéramos alcanzado con la última ráfaga? — insinuó Giuseppe Orlando —. No podemos permanecer aquí hasta la llegada de la policía.

—Tienes razón — repuso Elliot —. ¡Estad atentos a los fogonazos! Intentaré hacerle salir de su escon-dite.

El joven, con felina rapidez, salvó la distancia que mediaba entre el pórtico del Museo y uno de los árboles. Nadie hizo fuego. Extrañado dió un ro-deo decidiéndose a cruzar la calle, lo que realizó sin que le disparasen. Aquello le convenció de que Whi-te había conseguido huir. ¿Cómo? ¿Amparado en el taxi que, vacío, cruzó minutos antes? Imposible. Es-taba seguro de que Morgan no saltó al vehículo. ¿Y si sus compañeros se hubiesen equivocado en cuanto al emplazamiento del «boss»?

Con las máximas precauciones, sintiendo latir en sus venas la sangre con inusitada violencia, temero-so de una trampa mortal, examinó el lugar en el que Garret afirmaba había visto ocultarse a White.

—Salid de ahí. Morgan escapó.

Pat, Velja y Giuseppe no se lo explicaban, pero hubieron de rendirse a la realidad. Andrew sintió que algo crujía bajo sus pies. Era una pequeña rama.

—Utilizó los árboles. A cualquiera se le hubiese ocurrido en su situación. ¿Cuáles son tus órdenes, Garret?

—Largarnos de aquí.

Así lo hicieron los tres hombres, en un automó-vil aparcado en las inmediaciones.

En su refugio de la calle Clark, el sucesor de Larry Bolt dispuso que se abandonara el cadáver en plena calle.

—Mañana le reclamaremos para darle sepultura. No tenía familia. ¿A dónde vas, Elliot?

—A tomar una copa.

—Ve a la taberna donde liquidaron al jefe, y di a los muchachos que mañana será un día de trabajo, hemos de asestar un duro golpe a los de la pandilla de Morgan.

—Así lo haré.

Minutos después, Elliot entraba en un estableci-miento de bebidas en torno a cuyas mesas se apiña-ban hombres y mujeres de ínfima condición social. Sobre un templete un quinteto de negros interpreta-ba modernas melodías, y en una pequeña pista dan-zaban varias parejas. El olor a alcohol, a tabaco y el derivado del hacinamiento de personas poco asea-das mezclábase con el de los perfumes baratos, en un repulsivo e indefinible hedor.

Andrew, acodado en la barra, pidió un doble de *whisky*, y mientras se lo servían charló en voz baja con algunos individuos de pésima catadura.

Ya solo, ante el vaso de licor, se abstrajo en sus evocaciones. Uno de los camareros le preguntó:

—¿Cazasteis al que se «cargó» a Larry?

—No. ¿Qué miras con tanto interés?

—A aquel mozalbete. Me dejaría matar si ha cumplido los dieciocho años.

Elliot miró en la dirección indicada descubrien-do a un jovenzuelo, vestido con un traje muy usado, de mirada inteligente y pelo castaño, que jugaba al «poker» con tres profesionales de los naipes.

—¿Cómo le habéis permitido entrar?

—Quise echarle, pero me enseñó un puñado de billetes. Había más de mil «pavos». Pensé que era mejor que se quedaran en el establecimiento a que continuasen en sus bolsillos.

Intrigado se acercó al muchacho por la espalda, observando que ganaba. Era el truco favorito de los tahúres. Permitir que la suerte sonriera al incauto para cebarle más en el juego. Después se le desplu-maba en varios envites. Sus manos se crispaban en torno al tablero de la mesa mientras le servían las

cartas. Al descubrir un «full» de reyes su cuerpo se estremeció. Era indudable que le apasionaba la ex-periencia que estaba viviendo.

Empujó varios billetes al centro de la mesa. Dos se tiraron y un tercero aceptó el envite, perdiendo.

—Creí que ibas de farol, muchacho — dijo —. ¿Cuánto ganas?

—Trescientos dolares.

—Espero que la suerte te volverá la espalda.

Era la frase convenida entre los tahúres para des-valijar al que se atrevía a enfrentarse a ellos Las cartas estaban marcadas. Andrew, sin poderse con-tener, intervino:

—Ya jugaste bastante, pequeño. Debes ir a dor-mir a tu casa.

Le tomó por los hombros, levantándole a pulso. Una patada en la espinilla le hizo lanzar un jura-mento.

—¡Déjeme! Con mi dinero y mi persona hago lo que se me antoja.

—¿Tu dinero? ¡Nunca viste tanto junto! ¡Fuera de aquí!

Elliot, de un empellón, le apartó de la mesa. El joven, centelleantes los ojos de ira, tomó una bo-tella de la bandeja de un camarero haciendo ade-mán de golpear con ella a Andrew, que hubo de protegerse con el codo.

—¡No quisiera tener que vapulearte! ¡Quieto!

Le inmovilizó sujetándole ambas muñecas a la espalda. El muchacho, causado de patalear, se de-claró vencido.

—¡Suélteme! ¡Me iré!

Los tres jugadores que, atónitos, habían seguido las incidencias de la intervención de Elliot, se en-cararon con él.

—¿Quién te manda meterte donde no te importa? Nosotros no nos mezclamos en tus asuntos — dijo uno.

—Yo tampoco en los vuestros — repuso el alu-dido —. Os supuse más hombres. ¡Robar a una cria-tura es indignante!

—La suerte lo hubiera decidido. Hasta ahora le favorecía.

—Tú lo has dicho bien: hasta ahora — ironizó Andrew —. No debisteis utilizar las cartas marcadas con un muchacho.

—¿Te has vuelto puritano?

El que así preguntaba, uno de los miembros del «gang» y compañero de Elliot, llevó con rapidez su diestra a la funda sobaquera para esgrimir un re-vólver. Las intromisiones en los ajenos negocios se pagaban con plomo.

Andrew, seguro de que no conseguiría asir su automática a tiempo de salvar su vida, con su carac-terística rapidez mental lanzó con ímpetu al joven-zuelo sobre su camarada, que ya apretaba el gatillo del arma. Al ver doblarse al inconsciente promotor de la pelea, Elliot se sintió invadido de ira, y antes de que su enemigo pudiera disparar de nuevo, su automática había lanzado un mensaje de muerte. El «gangster» encajó el plomo en el lado izquierdo del pecho.

—¿Quiere alguno repetir la hazaña?

Nadie contestó. Andrew, tomando al muchacho en sus brazos, salió de la taberna, dirigiéndose al do-micilio del doctor Neville Sass, un viejo amable que gozaba de grandes simpatías en la calle por su cari-dad y discreción. A él sólo le interesaba la salud de sus clientes. No eran pocos los pistoleros a quienes curó. Su respuesta al interrogante de los forajidos era siempre la misma:

—Me temo que, aun sin denunciarte, irás a la «silla». No quiero cargar tu muerte en mi concien-cia.

El anciano médico, que residía tres casas más arriba de la taberna, en un primer piso, salió a abrir a Andrew en pijama. El herido se había desmayado en

el trayecto y lo llevaba apoyado en su pecho, en-tre ambos brazos. Rezongó:

—¿No vais a dejarme descansar tampoco? Aca-baréis obligándome a ir a la Metropolitana y… — vió el rostro del jovenzuelo —. Pero… ¡es un niño!

—Sí, doctor. Ya le contaré luego. Lo esencial es que vea lo que tiene.

—Entra en la clínica y deja la herida al descu-bierto. Me pondré la bata y me desinfectaré las ma-nos.

Elliot cumplió sus indicaciones, tranquilizándose al ver que el proyectil se había alojado en el hombro del muchacho. Neville Sass no tardó en reunírsele.

—¿Sigue sin conocimiento? Mejor. Le dolerá me-nos.

Ayudándose de bisturí y de pinzas tardó unos mi-nutos en extraer el proyectil. Andrew, mientras el médico trabajaba, le fue refiriendo lo sucedido.

—Deseo ayudarle. Yo empecé como él, sin encon-trar quién se interesara por mí.

Neville adivinó tristeza y nostalgia en las pala-bras de Andrew.

—Hiciste una buena acción. Tú no eres como los demás. Este chico, salvo el desgarro lógico y la pér-dida de sangre, no tiene nada. Dentro de ocho días podrá correr. ¿Qué haces?

—Registrarle en busca de un dato que me oriente sobre el paradero de su familia.

Al poner Elliot en una mesa varios puñados de billetes, el médico comentó:

—Sin duda proceden del robo.

—Y del juego. Olvidé decirte que ganaba trescien-tos dolares. Tome cinco. Es lo que me cobró hace un año por una intervención igual. Le pagan los tahú-res.

Neville Sass guardó el importe de su trabajo en uno de los amplios bolsillos de su bata, en el mo-mento que el muchacho recobraba el sentido.

—¿Qué me ha pasado? ¡Me duele el hombro!

—No me sorprende. Acabamos de sacarte un pro-yectil del calibre 45. ¿Cómo te llamas?

—Dick Tovne.

Se arrepintió tarde de la respuesta. Andrew lo notó por el frunce de sus labios.

—¿A qué fuiste a la taberna?

—A jugar.

—¿Con qué dinero?

El interrogado, poseedor de un firme carácter re-puso, señalando los billetes:

—Con ése.

—¿De quién es? ¿A quién se lo robaste?

Los ojos del muchacho relampaguearon. Se ha-bía sentado en la camilla. Elliot le ayudó a bajar, sentándole en una butaca de mimbre.

—¡Me duele!

—Es natural — intervino el doctor —. Te pondré una inyección.

—No — se opuso Andrew —. Primero tiene que decirnos dónde viven sus padres.

—¡No hablaré!

—Óyeme atentamente, Dick. Soy amigo tuyo, y no pertenezco a la policía. Sin embargo puedo en-tregarte a ella. No lo haré si me dices que te ha im-pulsado a acudir a estas horas a uno de los peores garitos de Chicago. Ten confianza en nosotros — si-lencio por parte de Tovne —. ¿Te escapaste de casa?

—Sí. Quiero vivir mi vida.

La estúpida frase produjo en Andrew una reac-ción colérica. Eran millones los jóvenes que habían hecho un credo de esas palabras, arruinando su porvenir y su moral.

—¡Eres un necio, Dick! Llame a la Metropoli-tana, doctor. Este «pollo» recibirá su merecido.

—¡Yo le denunciaré por haber matado a un hombre!

—¿Chantajista también? Escucha. Te ataré de pies y manos, dejándote en cualquier portal. El mé-dico lo ignorará todo, y tú cargarás con lo tuyo y lo mío si te descuidas. Un robo de mil dolares y el ser promotor de una pelea a tiros te costará varios años en un reformatorio. Cuando salgas, nadie que-rrá estrechar tu mano y una ficha policíaca te per-seguirá hasta la muerte. ¿De dónde sacaste ese di-nero?

Dick Tovne, vencido, inclinó la cabeza.

—Mis padres son labradores y residen en Ottaiva. Me colocaron en casa de un amigo para que me forjada un porvenir. Es una agencia de seguros. Me costean la academia. Vivo de pensión en casa de un judío alemán, Samuel Ulbrich y de su esposa An-ny Saragat. Él se emborracha con frecuencia. Ella es una italiana que me trata con gran dulzura y so-porta sin quejas las brutalidades de su marido. Hoy fui a cobrar unas facturas por un total de mil setenta y cinco dolares. Decidí apropiármelos. Me irrita la monotonía de la oficina. Buscaba emociones.

—Las encontraste. Continúa.

—Durante toda la tarde he vagabundeado por la ciudad, y al anochecer quise probar fortuna en el juego. Mis ropas deslucidas me impedían entrar en establecimientos de lujo, y hube de elegir una ta-berna.

—¿No pensaste en el dolor de tus padres al saber que su hijo es un ladrón?

Dick no respondió, y sus ojos se llenaron de lá-grimas.

—No aflija más al muchacho. Es bueno — medió el doctor —. Encontraremos una solución.

Tovne asintió con el gesto.

—¡Estupendo! Después de que el doctor te ponga la inyección te llevaré en un taxi a tu domicilio. Lue-go con los mil setenta y cinco dolares…

Una explosión atronó el aire, interrumpiendo a Elliot. Varias ametralladoras entonaron himnos de muerte…

CAPÍTULO II

Aquella misma madrugada, el coche blindado de Morgan White se detuvo en el centro del barrio co-mercial, ante las Casas Consistoriales y el Palacio de Justicia, magníficos edificios de estilo renacimiento francés, con columnas de granito, y entre los que se alza, embelleciéndolos, una estatua en bronce de Cristóbal Colón, erigida en 1892, como un motivo, el más importante, de la famosa fuente de Drake.

—Toca tres veces el «claxon» — ordenó el «boss» al chofer.

El aludido obedeció, y segundos después dos fur-gonetas metálicas se colocaban a ambos lados del automóvil. Un hombre se acercó a la ventanilla del vehículo del jefe.

—Todo previsto. ¿Hay contraórdenes?

—Ninguna. ¡Pat Garret quiere lucha y la tendrá!

White, que había bajado el cristal a prueba de balas, tornó a alzarlo, y la caravana se dirigió a la calle Clark. El coche de Morgan se dirigió a la taberna, deteniéndose a unas docenas de metros. Las furgonetas pararon frente al establecimiento y de su interior surgieron diez «gangsters», tres de ellos provistos de metralletas de tambor y los res-tantes de granadas de mano y botellas de gasolina. Los que portaban el líquido inflamable, protegidos por los de las armas de fuego arrojaron al interior del local las quebradizas vasijas, poniendo especial cuidado para que se estrellasen entre las mesas y el mostrador de madera. Uno de los «gangsters» que protegían el local, hizo fuego, alcanzando a uno de los secuaces de Morgan, que cayó al interior del establecimiento sin soltar la botella de gasolina en el preciso momento que una bomba estallaba con ho-rrísono estruendo.

Tabletearon las ametralladoras para impedir que nadie abandonare la taberna en la que las llamas ad-quirían rápido incremento. Uno de los agresores fué a sacar al herido, desistiendo al comprobar que era una gigantesca antorcha.

Los que ocupaban el local y habían resultado ilesos de la explosión se apresuraron a escapar por la puerta trasera que comunicaba con una estrecha calleja. Nadie les hostigó. Lo que Morgan White pre-tendía era aterrorizar a sus enemigos.

Los incendiarios, una vez que estuvieron seguros de que nada impediría que el edificio ardiese, mon-tando en la furgoneta, precedidos del «boss», alejáronse a toda marcha mientras, por el lado opuesto, tronaban las sirenas de los coches de la policía, atraí-dos por la batalla, y de un vehículo del parque de bomberos.

Desde la ventana del médico, Dick Tovne, Neville Sass y Elliot presenciaron la maniobra de los «gangs-ters». Andrew dijo:

—No comprendo los objetivos de Morgan. Ese local nada tiene que ver con Larry Bolt.

—En efecto — repuso el doctor —. La taberna y la casa pertenecen a Pat Garret. Firmé como testigo la escritura de compra. Creo que invirtió todos sus ahorros.

—¿La tenía asegurada?

—Me temo que no le haya dado tiempo. Es un duro golpe para la economía de Pat. ¿Le habéis nom-brado jefe?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Por deducción. Vi cómo mataban a Larry. Él era su lugarteniente. ¿Qué harás con el muchacho?

—Llevármelo. El fuego habrá destruido las hue-llas de mi lucha con el que quiso desplumar a Dick. — Elliot se volvió al muchacho —. ¿Dónde vives?

—En el 122 de Colorado Avenue.

—Aprovecharemos la confusión para pasar inad-vertidos. Póngale la inyección, doctor.

Neville Sass hirvió una jeringa. Andrew hizo dos montones con el dinero, guardándoselo.

—Ten cuidado — le aconsejó el médico, en la puerta —. Morgan no os dará

cuartel, y sentiría que te ocurriese algo.

—Gracias. Sabré cuidarme.

Ya en la calle, llevando del brazo a Dick Tovne, el miembro del «gang» de Pat Garret, se dirigió a una parada de taxi sin encontrar ninguno. Los conductores del servicio nocturno, al oír los disparos, se habían retirado de la zona peligrosa. Adivinaban una lucha de «gansters», y no deseaban que el azar les mezclase en ella.

A más de un kilómetro de la calle Clark, Elliot encontró desocupado un vehículo de alquiler.

—¿A dónde le llevo, señor? ¿Le ocurre algo al pequeño?

—Se ha caído, hiriéndose. Vamos al 122 de Co-lorado Avenue.

Andrew cerró el cristal que separaba la cabina del chofer con el departamento de viajeros, dando ins-trucciones al joven Tovne.

Poco después llamaba a una puerta de una casa de vecindad, cercana a la Fábrica de Locomotoras. Tardaron en abrir. Una voz, femenina, de dulces tonalidades, inquirió:

—¿Eres tú, Samuel?

—No, Anny — contestó Tovne —. Soy yo.

Elliot percibió una exclamación jubilosa. Alguien corrió un cerrojo interior, franqueando la entrada. Una joven de unos veintidós años, ataviada con un salto de cama, exclamó:

—¡Dick! Estaba segura de que vendrías —. Miró a Andrew con alarma —. ¡Es usted…!

—No pertenezco a la Metropolitana. El chico na-da malo hizo. Me ha contado que fué a cobrar unas facturas. Aquí está el dinero.

Puso en manos de la mujer un puñado de billetes. Ella, rehaciéndose de su sorpresa, rogó:

—Entremos. No se queden en la puerta. Tenía fe en ti, Dick. Sé que eres incapaz de actos deshon-rosos. Pero… ¡estás herido!

—No es nada, señora.

Elliot notó, por un leve temblor, que Tovne iba a desmayarse y pudo evitar que cayera. Anny Sara-gat contuvo un grito. Sus grandes ojos negros, que parecían vivir un continuo terror, miraron implo-rantes al hombre:

—Avise a un médico.

—Venimos de una clínica. Guíeme a la habitación de Dick.

Andrew depositó al muchacho sobre una cama de blancas ropas, en un pequeño cuarto interior, con estrecha ventana a un patio. La mujer salió para regresar a poco con un vaso de zumo de frutas.

—¿Le ha desnudado?

—Sí — contestó Elliot —. Deje eso en la mesilla. Lo tomará cuando despierte. Le conviene dormir.

Precedido de la esposa de Samuel Ulbrich, el «gangster» entró en un saloncito adornado sin lujo pero de forma tan exquisita en los detalles que revelaba una delicada sensibilidad femenina.

—Siéntese — rogó Anny —. ¿Qué le ha ocurrido a Dick?

Elliot se acomodó en un butacón tapizado con cretonas de flores.

—En el barrio comercial han matado a un hom-bre llamado Larry Bolt. Le dispararon con una ame-tralladora. Tovne, que había ido por tercera vez a cobrar una factura, se vió envuelto en la refriega, recibiendo un proyectil en un hombro. Casualmente pasaba por allí y, tomándole en mis brazos, le con-duje a la clínica de un médico amigo, que le curó. Al encontrar en uno de sus bolsillos el dinero duda-mos si avisar o no a la policía. Tardó en recobrar el

conocimiento. Nos dijo que era empleado de una agencia de seguros. Cuando el doctor creyó que po-día trasladársele sin riesgos, me ocupé de ello. ¿Es-taba inquieta?

—Sí. A las diez de esta noche vino a verme el jefe de la oficina. Me habló de la elevada suma, in-sinuando que la conducta del muchacho era anor-mal desde meses atrás. Me dió a entender que espe-raría a mañana para denunciar el caso. Quiere a Dick como a un hermano menor. Él es mi consuelo. Gracias, señor. ¡Que Dios le pague lo que ha hecho por nosotros!

Inclinó la cabeza, sin ocultar su abatimiento. An-drew la miró compadecido de su juventud deshecha, de su tristeza, de su futuro, sintiendo una sorda có-lera contra el que, según Tovne, la golpeaba, tra-tándola peor que a una sirvienta.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora?

Elliot reparó tarde en que nada le autorizaba a formular semejante ofrecimiento.

Una dulce sonrisa embelleció la respuesta de Anny.

—No. Veo que Dick le ha contado lo que me su-cede. Estimo su bondad para conmigo. Samuel es bue-no. Ha cambiado desde hace unos meses. Confío en su regeneración. — Un seco portazo hizo palidecer a Anny, que se incorporó. Andrew la imitó —. Es mi esposo. Tiene llavín, y no corrí el cerrojo. Le expli-caré lo ocurrido antes de que le vea.

Fue a salir de la habitación pero no llegó a ha-cerlo. Abrióle la puerta para dar paso a un hombre de unos treinta años, alto, delgado, de aviesa mirada y ensortijados cabellos. Al verlos se tambaleó. Su embriaguez era tanta que la esposa se acercó para sostenerle, recibiendo un brutal empellón en el pe-cho.

—¡Aparta! ¡Eres como todas, una cualquiera! ¡Metes hombres en mi casa apenas vuelvo la espal-da! Ya te daré lo que le corresponde.

Con torpes movimientos de beodo se quitó la an-cha correa que llevaba al cinto, blandiéndola en el aire. Andrew, sin poder contenerse, le sujetó el bra-zo con violencia. Contuvo su impulso de golpearle. Anny, resignada con su suerte, miró a Elliot.

—¡No le haga daño! ¡Está borracho!

Andrew la obedeció, incapaz de negarse a nada de lo que aquellos labios pidieran.

—¿Cómo le soporta? — inquirió.

—Yo elegí mi destino.

Samuel Ulbrich, que escuchaba el diálogo con expresión estúpida, sin comprender, quizá, su signi-ficado, barbotó:

—¡Fuera de mi casa! Aquí mando yo.

—Nadie lo duda. Vine a…

—¡No me importa! ¡Largo!…

Con pulso poco firme sacó una navaja que no pudo abrir, pues Andrew se la arrebató de un ma-notazo. Anny se interpuso:

—¡Váyase! ¡Se lo ruego!

—Lo hago por usted. Si me necesita, Dick sabe donde encontrarme. Adiós.

Al abandonar la casa, Elliot escuchaba los gritos de Ulbrich, que maldecía. Acongojado anduvo hasta el Parque Garfield, del que pasó a West Lake Street y a Monitor Avenue. Allí subió a un coche, dándole las señas de la calle Clark. El conductor no pudo dejarle en el lugar indicado por impedírselo una barrera de policías y sanitarios.

Andrew abonó el importe de la carrera, y se dis-puso a pasar. Un bombero se interpuso en su ca-mino:

—¿A dónde va?
—A dormir — respondió el joven —. Vivo en la casa inmediata.
—Le acompañaré.
Las llamas continuaban alzándose al cielo, como un símbolo de tragedia. El que acompañaba al «gangs-ter» le explicó:
—Nuestros esfuerzos se centran en impedir que el incendio se propague a las edificaciones contiguas. Creo que lo conseguiremos.
—Veo muchas ambulancias. ¿Hay heridos?
—Es de temer que no. Tres mujeres se han lan-zado a la lona, con las ropas ardiendo. Al parecer los pisos altos de la taberna se dedicaban a la prostitución. Ignoramos la gente que puede haber dentro.
—Gracias. Hemos llegado.
Con un pequeño llavín Elliot abrió el portón de madera, despidiéndose del bombero que se llevó la mano derecha al casco en ademán de saludo. Cerró a su espalda y mascullando un «hola» a los dos hombres que montaban la guardia, se dispuso a en-frentarse con las iras de Garret, a quien estaba se-guro habían informado de su pelea en favor de Dick Tovne.
Así era. En el despacho del nuevo «boss», al que rodeaban Giuseppe Orlando, Velja Lynn y tres «gangs-ters» más, se hizo el silencio al verle entrar. Con desenfado, Andrew se acomodó en un butacón en-cendiendo un cigarrillo.
—Si os estorbo me marcho — dijo.
—No — repuso Pat —. Te esperábamos. ¿Te has convenido en una niñera?
—La culata de la pistola podría perjudicar a la criatura — respondió el interrogado.
—¿Qué hiciste?
—Llevar al chico a su casa. Veo que te han venido con el cuento.
—Sí. No estamos en condiciones de perder hom-bres cuando comienza una lucha a muerte contra Morgan. ¿Te importaba que desplumasen a ese jovenzuelo?
Elliot aspiró el humo del cigarrillo, expulsán-dolo por boca y nariz antes de contestar:
—Me dió asco que robasen a una criatura. Los hombres debemos distinguirnos por algo.
—¿Te has vuelto puritano?
—Pregúntaselo al que encajó el proyectil.
Las secas respuestas de Andrew y su tono displi-cente encolerizaron a Pat.
—¡Pareces haber olvidado que yo soy el que manda!
—¡Quién lo duda! Fui el primero en elegirte. No confundas los asuntos. Fuera del «gang» actúo como se me antoja. Dentro de él acato tus órdenes. No soy el único que liquida a un colega en una cues-tión personal.
Elliot, mientras hablaba, tenía los sentidos en tensión, dispuesto a no dejarse matar. Sus precaucio-nes eran innecesarias. Garret, cambiando el tono de voz, invitó a sus hombres a rodearle, y, ante un pla-no del distrito comercial de Chicago, dijo:
—Formaréis grupos que operarán simultáneamen-te a las once de la mañana en estas calles — fué se-ñalando con un lápiz rojo —. Todos los locales gozan de la protección de Morgan. Por cualquier procedi-miento hay que convencer a los propietarios de que somos nosotros los que mandamos en Chicago. Algu-nos se resistirán al pago de la primera suma, que fi-jaréis con arreglo a las tarifas para las categorías de los establecimientos. Ya sabéis lo que tenéis que ha-cer. Tú, Velja, actuarás en La Salle, tú, Elliot, en Marquet…
Continuó dando instrucciones para terminar:

—A la noche visitaremos el «cabaret» de White. Debemos congregarnos aquí a las dos de la madru-gada. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

—Yo me ocuparé de los detalles que falten.

El asesinado Larry Bolt, al constituir el «gang», dispuso una serie de habitaciones en los pisos segun-do y tercero de su domicilio para que durmieran los «gangsters» a sus órdenes. De esta forma evitaba noc-turnos enlaces con los enemigos, ejerciendo una más directa vigilancia.

Al entrar en su alcoba, rendido de fatiga, con los nervios relajados por las pasadas tensiones emocio-nales, Andrew, sin desnudarse, se tendió sobre la cama y su recuerdo voló a Anny Saragat. ¿Por qué soportaba la muchacha las brutalidades de su es-poso? ¿Qué la indujo a casarse con él?

Tardó en dormirse, y le pareció que apenas lo había hecho cuando llamaron a la puerta.

—¡Prepárale, Elliot! Son las diez y media.

Se arrojó del lecho, desnudándose entonces, y en el lavabo metálico se chapuzó. Luego se cambie de traje — otro también negro — y colgó su automática de la funda sobaquera. Al salir vió esperándole a Giuseppe y a Lynn. El primero le dijo:

—Garret ha cambiado de opinión. Actuaremos únicamente nosotros tres. El resto va a interceptar una partida de contrabando de licores custodiada por los de Morgan.

—Cuando queráis. ¿Quién les manda?

—Pat. No ha querido delegar en nadie. Piensa birlarle setenta mil dolares en géneros. Iremos en el «Ford».

El italiano, Velja y Elliot montaron en un espa-cioso vehículo. Lynn asumió el puesto de chofer y quince minutos después detenía el coche ante un «drug».

—Espera con el motor en marcha — advirtió An-drew.

Los dos hombres penetraron en un establecimien-to, mezcla de comercio de comestibles, estanco, res-taurante, cafetería y farmacia. Un dependiente les abordó:

—¿Qué desean?

—Hablar con el dueño.

—Está en la caja.

Elliot se hizo a un lado para que Velja iniciase el diálogo. Dos señoras, en un mostrador lateral, ele-gían diversos productos. Se encararon con un indivi-duo de unos cincuenta años, de frente abombada y ojos vivaces.

—¿Es usted el propietario?

—Sí. Les advierto, a fin de que no pierdan el tiempo que tengo representantes fijos para la ad-quisición de toda clase de productos.

—No se trata de eso. ¿Qué cuota satisface a Mor-gan para que le deje en paz?

El aludido vaciló, confundiendo a los «gangsters» con miembros del Departamento de Investigación Criminal.

—No sé de qué me habla — repuso, con voz poco segura —. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué derecho tie-nen para interrogarme?

—Hable en tono más quedo — le ordenó Velja —. ¿Desea saber nuestros derechos? — le mostró la pis-tola, desabotonándose la americana —. ¿Le parecen convincentes?

El dueño del «drug» se movió nervioso en la ban-queta en que estaba sentado. Intuyendo una posible defensa. Elliot se previno y advirtió:

—Ponga las manos sobre la caja. Así. Será mejor para usted. Continua y no pierdas tiempo.

Velja Lynn abordó el tema con la frialdad y la dureza de un hombre que está acostumbrado a sojuz-gar a sus semejantes por el terror. Tenía que prescindir de la protección de Morgan para aceptar la que ellos le ofrecían.

—¿Qué le cobra?

—Doscientos dolares mensuales. Más de lo que mi negocio puede soportar. Se llevan el setenta por ciento de los beneficios.

—Nosotros le rebajaremos un dolar. ¡Ha de pa-gar anticipado!

—¡Me matarán si lo hago! ¡Me amenazan conti-nuamente!

—Eso resuélvalo usted. ¿Acepta nuestras condi-ciones?

—¡No! ¡Prefiero que me maten!

Había alzado la voz, a punto de un ataque de histerismo. Velja cogió del cuello al propietario del local.

—¡Cuídate de lo demás!

Andrew desenfundó la automática, encañonando a los dependientes. Una de las compradoras se des-mayó. La otra desencajada por el terror, miraba el arma como hipnotizada.

—Que nadie se mueva.

Lynn, tras golpear en el rostro al dueño del lo-cal, derribándole, con la culata de la pistola rompió vitrinas vaciando por el suelo el contenido de los sacos de forma que no se pudiera recoger. El pimen-tón lo mezcló con la harina, derramando encima una zafra de aceite. Una gran pella de manteca recibió arroz y especias. No contento con tal destrozo, utili-zando una escoba de mango largo, tiró al suelo los envases de cristal y las conservas. El tabaco fué pi-soteado, y las cajas de inyectables deshechas…

En solo unos minutos el establecimiento quedó convertido en algo indescriptible. Velja asió por las solapas de la americana al espantado dueño:

—Tiene unos días para pensarlo. La próxima vez será peor. No lo olvide.

Hizo una seña a Andrew y montaron en el «Ford», alejándose rápidamente del escenario de la cobarde hazaña, que repitieron en una tienda de tejidos y en un bazar de ropas hechas. A la una menos cinco pe-netraban en una tintorería en la que un hombre, de espaldas al mostrador, ordenaba una vitrina con trajes de señora.

—¿Es usted el dueño? — preguntó Elliot.

El aludido se volvió y el joven pudo reconocer en él a Samuel Ulbrich, el judío alemán esposo de Anny.

—Yo soy. ¿Qué quiere?… Juraría que… Sí es el tipo que encontré anoche con mi esposa. A ella no le quedarán ganas de repetir.

Andrew se abalanzó contra el que tal hablaba. Sus dedos se engarfiaron en la garganta del indi-viduo.

—¡Suelte!… ¡Suelte!

—¿No le explicó su mujer que fui a llevar a Dick?

—No he querido escucharla. En su cuerpo le quedan huellas difíciles de borrar.

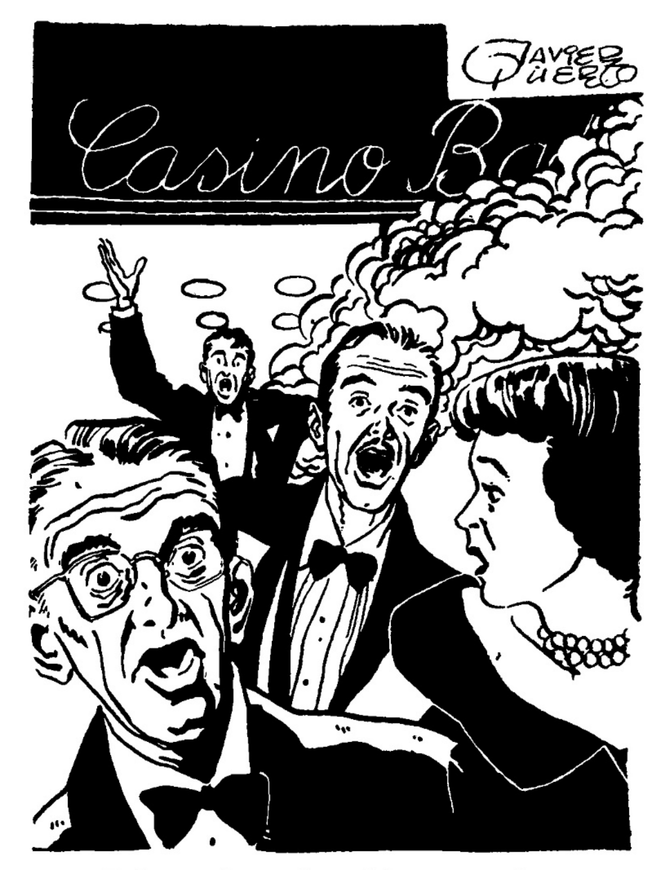
La idea de que Samuel Ulbrich, borracho, hubie-ra golpeado a Anny amenazó enloquecer a Elliot, quien, con ira, comenzó a abofetearle. Velja le hizo reaccionar.

—Déjale ya. No hemos venido a resolver proble-mas personales. Estás demasiado excitado para inte-rrogarle. Lo haré yo. Este tipo es uno de los que, con Morgan, trafican en drogas. La policía le detuvo dos veces, soltándole por

falta de pruebas. ¡Danos quinientos «pavos»! Todos los meses vendremos a cobrar la misma suma.

—¡No entregaré ni un centavo!

—Te concedemos una semana para pensarlo. ¡Vi-gílale!



Todos en el paroxismo del temor corrieron ciegamente.

Elliot, más calmado, con la automática, mantuvo a raya al esposo de Anny. No era necesario que le encañonase. Aquel individuo estaba horrorizado

Velja regresó con una lata de gasolina, derraman-do parte de su contenido en las vitrinas en las que el tintorero guardaba numerosas ropas para limpieza o entrega. Al ver Samuel que el «gangster» se dis-ponía a encender un fósforo, gritó más que dijo:

—Daré lo que me piden… No quemen la tienda.

—¡Quinientos dolares todos los meses!

Ulbrich, tembloroso, se dirigió al mostrador, vi-gilado de cerca por Lynn, y de la caja registradora sacó varios billetes, entregándoselos a Andrew.

—Tenga. Alguien pagará esta suma. ¡Se lo ase-guro!

El aludido se acercó al judío alemán, fulminán-dole con la mirada.

—¡Si te atreves a tocar a Anny ni un cabello, te acribillaré a balazos! ¿Me oyes?

Samuel Ulbrich no contestó pero en sus ojos apa-reció una expresión maligna. Apenas se marcharan aquellos hombres, solicitaría la protección de Mor-gan. Él era demasiado importante en los negocios del «boss» para que le abandonara a merced de sus ene-migos.

De nuevo en el «Ford», Velja informó al italiano, que les aguardaba con el motor del vehículo en mar-cha. Giuseppe dijo, por todo comentario:

—No doy un centavo por el pellejo de ninguno de nosotros. La «vendetta» del hampa no conoce el fin ni la nobleza. Cualquier sonrisa o apretón de manos puede llevar envuelta una bala.

Sus palabras iban a resultar proféticas…

CAPÍTULO III

—Cálmate. Anny. ¡Llevas llorando todo el día! Samuel se habrá serenado ya.

Dick Tovne, con la espalda apoyada en unos al-mohadones, esforzábase inútilmente en consolar a la mujer que, en una silla, se cubría el rostro con ambas manos.

—¿Por qué no le abandonas, Anny? — prosiguió el muchacho —. Ulbrich no es el mismo con quien te casaste. Es cruel, vicioso, inhumano. Anoche me despertaron sus golpes y tus gemidos. Me incorporé decidido a interponerme entre los dos, y no pude salir de la alcoba. Perdí el sentido apenas puse pie en el suelo. Al despertarme reinaba el silencio. Me costó meterme en la cama. Hoy me siento fuerte. ¡No permitiré que te maltrate!

En la afirmación del joven no había jactancia si-no seguridad, madurez. Ella le miró sorprendida.

—Sería peor para los dos.

—Vete con mis padres, Anny. Ellos te conocen a través de mis cartas, y te quieren sin haberte visto. Les servirás de ayuda y de consuelo.

—No. Dick. Mi deber está junto a mi esposo. Le elegí por propia voluntad, contra la opinión de los míos

—Vuelve a Nápoles. Te perdonarán.

—No. Les conozco bien. Además, si mis herma-nos se enterasen de lo que ocurre, serían capaces de matar a Ulbrich. ¡No quiero la perdición de nadie! Todos, menos yo, adivinaron la segunda personali-dad de Samuel. ¡Ahí viene!

Un temblor sacudió el cuerpo de Anny al oír pasos inmediatos, Dick Tovne frunció los labios, palideciendo. En los meses que llevaba con el matri-monio hubo de contenerse muchas veces para no mezclarse en lo que Ulbrich calificaba sardónicamen-te de «diferencias hogareñas».

Samuel entró en la alcoba. Sus palabras más que de saludo fueron de agravio:

—Veo que te gusta la compañía de los hombres, Anny. Sin embargo no eliges bien. Vengo dispuesto a escuchar tus explicaciones.

Su fría sonrisa previno al muchacho, que inter-vino:

—Ayer me hirió una bala y…

—¡Es a ella a quien he preguntado!

—Sí, Dick — se apresuró a decir la mujer —. Per-diste el conocimiento al llegar al *hall*.

Anny, con sencillez, refirió lo sucedido. Ulbrich la escuchaba despectivo. Al terminar su esposa, gri-tó, descompuesto el semblante:

—¿Y pretendes que me crea esa patraña? ¡Traer mil dolares quien ha ido hoy a robarme quinientos! Tu amigo es un «gangster». Me ha golpeado, amenazándome con matarme. Tuve que pagarle para que no me incendiara la tienda. ¡Dime la verdad!

—Pregúntale al jefe de Dick, que ha venido a recoger ese dinero. Mira el boquete de la bala. Ig-noro lo que haya podido pasarte hoy. ¡No te he men-tido!

—¡Perra! Veo que no tuviste bastante con lo de anoche.

La mano derecha del hombre cruzó el rostro de la mujer. Alzo otra vez el brazo pero Dick le contuvo con la palabra.

—¡Basta! ¡No la maltrates más! ¡Eres un ca-nalla!

Creció la ira de Ulbrich.

—Celebro que adoptes esa actitud. Anny no tie-ne cuerpo para que

descargue en él toda mi cólera. Cuando termine con ella empezaré contigo.

Tovne hundió su diestra debajo de las sábanas pa-ra esgrimir un revólver, con el que apuntó al co-barde.

—¡Quieto te digo! No iría al patíbulo. Soy menor de edad. No me importa pasar unos años encerrado por eliminar de la faz de la tierra a una alimaña. No mires el arma. ¡Es la tuya! Lleva en mi poder más de una semana. Te la quité para que en una borrachera no matases a Anny. ¡Apártate!

El joven, en pijama, se tiró de la cama sin per-der de vista a Samuel que, tembloroso, se apresuró a obedecer. Aquel hombre no era fuerte más que con los débiles. Balbució:

—¡Te denunciare a la policía! Estoy en mi casa.

—Y vas a quedarte solo. ¡Prepara tus ropas, An-ny!

—No. Vete tú.

—Si no vienes conmigo no me marcharé yo tam-poco, aunque tenga que matar a Ulbrich. ¡Es cosa decidida! ¡Te salvaré de este monstruo a tu pesar!

—¡Soy tu marido y te mando que…!

—No le escuches — le interrumpió Dick —. No le asiste razón alguna.

—¡La judicial!

—No te atreverás a denunciarla. Bastará que ella enseñe las señales de tus golpes. Tenía ganas de llamarte cobarde. ¡No te muevas! Antes de que in-tentes protegerte tras el armario, habré disparado.

—¡Me las pagarás, Dick!

—Es posible; pero no hoy. Esta situación no pue-de prolongarse, Anny.

—Me iré contigo — decidió la aludida.

—¡No lo hagas! — amenazó Ulbrich —. ¡Te ma-taré donde te encuentre!

—Lo harías de igual manera, aunque lentamente. ¡Es preferible cortar de raíz!

La mujer se expresaba con firmeza, segura de que no le quedaba otro camino que separarse. No quería exponer a Tovne a las iras de su esposo. El muchacho se arriesgaba por ella. Era forzoso que le correspondiese.

Al abandonar Anny la estancia quedaron solos el judío alemán y Dick. El primero dijo:

—¡Os encontraré! Tienes pocos años para mez-clarte en estos problemas. Si me entregas el revólver te daré cien dolares.

—¡Me das asco, Samuel! ¡Nada me agradaría tanto como matarte!

Ulbrich, que inició un avance, amistoso en apa-riencia, se contuvo al ver que el índice de Tovne se curvaba en el gatillo. Retrocedió.

—¡No dispares!… ¡No dispares!… ¡Os dejaré ir!

—Así es mejor.

La superioridad del adolescente no estribaba en el revólver sino en el valor, en la grandeza del al-ma. Dick era un hombre, pese a sus diecisiete años; Samuel un cobarde.

Anny, portando un maletín, anunció desde la puerta de la alcoba:

—Estoy preparada.

—Saca mi ropa fuera. Me vestiré sobre el pijama. Dejaremos encerrado a Ulbrich para que se distrai-ga forzando la cerradura. ¡Vamos!

Desdele el pasillo. Tovne echó doble vuelta de lla-ve, y en unos minutos estuvo dispuesto a partir. Su equipaje era reducido. Sólo contenía ropa interior y camisas. Aquél era su único traje.

El joven notaba que el dolor de la herida del hombro iba agudizándose: pero nada dijo para no alarmar a Anny, que inquirió:

—¿A dónde vamos?

—En busca del único que puede prestarnos ayuda. Si fueras a casa de mis padres tu marido te buscaría. Iremos allá cuando se calmen sus nervios o haya un modo de convencerle de que te deje en paz. ¿Tienes dinero?

—Alrededor de quince dolares.

—Tomaremos un taxi. No me encuentro muy fuerte.

Así lo hicieron llegando al anochecer al domici-lio del doctor Neville Sass, que les recibió amable-mente.

—Pasa, hijo. No debiste abandonar tan pronto el lecho. ¿Quién es la señorita que te acompaña?

—Anny Saragat, casada con Samuel Ulbrich. Aca-ba de abandonar a su marido.

—Es una decisión muy seria. ¿Por qué motivos?

Dick, con aplomo impropio de sus años, fruto de un carácter entero, alzó una de las mangas de la mu-jer, mostrando un brazo cubierto de moraduras. El rostro del médico se ensombreció.

—Supongo que necesitaréis ayuda.

—Si. Él me curó, Anny. Es un hombre bueno. Dile lo que es tu vida.

—Desde el principio, hija. Para formular un diag-nóstico clínico son precisos, incluso, antecedentes de la infancia. Igual sucede en los problemas morales. Sígame, señora, y siéntese. Me llamo Neville Sass. Tú, Dick, acomódate en ese butacón. Te descansará el hombro.

—Gracias — repuso la muchacha, emocionada —. Mi historia es vulgar, una más que puede servir de enseñanza a las jóvenes que cierran sus oídos a las palabras de los mayores. Nací en Nápoles de una fa-milia modesta. Tengo dos hermanos. Ellos y mi pa-dre son herreros. Mamá se ocupa de las faenas de la casa. Cuando tenía diecisiete años, la misma edad que Dick, un judío alemán, huido de su patria se-gún él por motivos políticos, comenzó a cortejarme. A todas las muchachas nos agradan los hombres con un pasado y una experiencia. Me creí una mujer y acepté casarme con él. Mis padres hicieron lo impo-sible por disuadirme, llegando a renegar de mí. No les hice caso, y con mi marido me trasladé a Chica-go. Transcurridos unos meses observé notables cam-bios en el carácter de mi esposo. Ya no era indulgen-te respecto a las que llamaba «mis chiquilladas». Comenzó a embriagarse, y una noche me golpeó. A partir de entonces lo hacía siempre que algo le con-trariaba. Estaba empleado en un almacén de comes-tibles, y el sueldo era escaso. Decidimos tomar un pu-pilo. El anuncio que insertamos en el «Chicago Tri-bune» fué leído por Dick que se convirtió en nuestro huésped.

Neville Sass ofreció un cigarrillo a Anny, que de-negó.

—No fumo. Hágalo usted. No me molesta.

—Continúe.

—Ya poco queda. Los detalles son dolorosos. No hay sitio en mi cuerpo en el que no me haya gol-peado No sé cómo obtuvo dinero e instaló una tin-torería. Anoche… — Refirió la llegada de Andrew Elliot y la escena de que acababan de ser protago-nistas, terminando —: Dick tiene razón, pero creo que su impulso generoso no justifica la molestia que acabamos de ocasionarle. Le dejamos, doctor. Siempre recordaré su bondadosa sonrisa al escuchar-me.

Se puso en pie. El médico la imitó, interrogán-dola:

—¿A dónde piensa ir?

—No lo sé… Me quedan unos dolares. Alquilaré una habitación. No me será difícil encontrar trabajo. Dick tiene su empleo, y se defenderá como hasta ahora.

Neville Sass reflexionó unos segundos.

—Acabo de conocerla, señora, y su historia me ha conmovido. Vivo solo, sin más afectos que los de mis enfermos, por lo general poco afectivos — sonrió de su ironía —. Ya he cumplido los setenta y cinco años y ello me autoriza a hablarle no como un pa-dre sino, si es preciso, como un abuelo. Estoy harto de comer en tabernas, de llevar la ropa sucia y mal planchada, de no tener quién recoja los avisos tele-fónicos. El servicio doméstico, prácticamente, no existe en Chicago. Si usted acepta lo que no me atrevo a proponerle directamente. Dick se quedará con nosotros. No le daré sueldo. En cambio me ocu-paré de que nada le falte.

Anny sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos. La emoción la impidió responder. El médico quiso desviar el diálogo y, acercándose a Tovne, le dió una cariñosa palmada en las mejillas.

—No me equivoqué al juzgarte, muchacho. Hi-ciste bien. ¿Y el revólver? Dámelo. No es convenien-te que tú lo tengas. ¿Me permite que la llame Anny?

—Sí, doctor.

—Ayúdeme a preparar su alcoba. Por fortuna, a más de la mía, tengo dos habitaciones. A veces me he visto precisado a acostar a alguno de mis pacien-tes por considerar peligroso su traslado. En la coci-na, que le mostraré, encontrará comida. Prepare una cena para nosotros dos. Dick está febril. Le daremos leche y fruta. ¡Ah! No debe mostrarse agradecida. En definitiva yo salgo ganando.

De nuevo las lágrimas corrieron por las mejillas de la infortunada esposa de Samuel Ulbrich…

***

Morgan White miró a través del ventanillo de su despacho, por el que se divisaba el «cabaret» que constituía uno de sus mayores ingresos. Sus hom-bres, estratégicamente situados en el vestíbulo y en las mesas laterales, vigilaban la entrada de cualquier sospechoso. El «boss» tenía la certeza de que Pat Garret ansiaba la revancha.

Encendió el habano, acomodándose detrás de la amplia mesa. Consultó su cronómetro e, inquieto de pronto, hizo un sonar de timbre. Al instante abrió-se la puerta para dar paso a un hombre.

—¿Se sabe algo?

—Todavía nada, jefe.

—Avisa, a mi segundo.

—¿Me llamabas, Morgan?

En la entrada del gabinete de trabajo, un indi-viduo alto, fornido, de unos cuarenta años, aguardó la respuesta.

—Pasa y siéntate. ¿Un habano?

—Gracias.

Romney Bypas era la persona de confianza del jefe del «gang», su brazo ejecutor. No se trataba de un hombre brutal sino de algo más peligroso por su in-teligencia. El lugarteniente del «gang» había estu-diado Leyes en su juventud.

Prendió fuego al habano, deleitándose en la ope-ración, y, luego de expulsar la primera bocanada de humo, inquirió:

—¿Me necesitas?

—Sí y no. Por ahora tu labor se reduce a impe-dir que nos destrocen el establecimiento. Me preocu-pa no tener noticias del cargamento de licores. Te-nían que haber llegado los camiones a las siete de la tarde, y son las dos y media de la madrugada.

—Debiste dejarme ir al muelle del Lago, a pro-teger el traslado. Los que vienen carecen de otra ex-periencia que no sea la de contrabandistas. Las lu-chas a tiro les asustarán. No queda otra solución que esperar. Vuelvo al salón. No estoy tranquilo. Garret cuenta con hombres que saben manejar las armas.

Apenas Romney Bypas se puso en pie, un indi-viduo, con la camisa empapada en sangre, entró en el despacho. El rostro de Morgan acusó la presencia de aquel hombre con un frunce de labios. Era el chofer de uno de sus camiones.

—¿Qué ha pasado? — le preguntó con dureza.

—¡Nos cazaron, jefe!

—¿En pleno día?

—Las barcas llegaron con dos horas de retraso, al anochecer. Por tres veces las detuvieron las patru-llas del Lago. La documentación falsa engañó a los agentes, pero los registros de las lanchas asustaron a los que venían con el licor. Apenas colocadas las ca-jas en los camiones, negáronse a acompañarnos, re-gresando a su punto de origen. Quedamos solos los tres chóferes. No bien emprendimos la marcha, una ametralladora mató a los conductores. Yo tuve suer-te, y recibí el proyectil en el costado. La bala no profundizó. Creyéndome muerto me empujaron, ti-rándome al suelo de la cabina. En las afueras de la ciudad aguardaban otros camiones. Nos dejaron en la cuneta. Ignoro cuanto tiempo estuve sin conoci-miento. Al recobrarlo comprobé que la sangre, coa-gulándose, impidió que me desangrase. Un taxi me trajo aquí. Utilice la puerta de artistas.

Exhausto se desplomo en uno de los sillones. Mor-gan le preguntó:

—¿Quiénes fueron los agresores?

—Les mandaba Pat Garret.

Aunque White esperaba tal respuesta, al oírla, sus puños se crisparon.

—¡Tengo que matar a ese hombre!

Un disparo fue el eco a sus palabras. La música, que llegaba tenuemente al despacho, cesó de pronto. Sin aguardar órdenes, Romney Bypas abandono la estancia mientras Morgan, por el disimulado obser-vatorio veía a doce hombres, con los rostros cubiertos por pañuelos, portando metralletas. Tan rápida fué su aparición que los «gangsters» que custodiaban el local no tuvieron tiempo de empuñar sus armas.

—¡Que nadie se mueva! — tronó una voz firme, carente de inflexiones.

Los secuaces de Morgan White miraron en torno suyo, en demanda de órdenes de Bypas, su jefe di-recto. Estas llegaron envueltas en plomo. Romney, al desembocar en el local, disparó su automática contra los asaltantes, protegiéndose en una de las colum-nas.

A partir de aquel momento la confusión fue ex-traordinaria. Los proyectiles aullaban en todas di-recciones y, de vez en vez, escuchábase un alarido de muerte.

Pat Garret, Velja Lynn, Giuseppe Orlando y An-drew Elliot, de bruces en el suelo, ocultos por mesas derribadas, lanzaban ráfagas de plomo. Los que se-gundos antes danzaron a los acordes de modernas me-lodías, se habían retirado a uno de los rincones del local y, en el suelo, aguardaban, con los ojos desen-cajados por el espanto, a que cesara la batalla. Los gritos de las mujeres eran el

contrapunto a la vio-lencia.

—Todo en orden, Garret.

—Salgamos.

Los agresores, obedientes a una seña de su jefe, abandonaron el local dejándose en el interior a un compañero muerto. Antes de que Romney Bypas pensara seguirles, en tres automóviles, robados ho-ras antes, sus enemigos se alejaban a toda marcha.

Morgan White, que había intervenido en la úl-tima parte de la refriega se situó en el centro del salón, y, alzando ambos brazos, dijo:

—¡Silencio! ¡Nadie salga todavía! Mis emplea-dos les advertirán si ha cesado el peligro.

«Gangsters» y camareros se dirigieron al *hall*. By-pas acercóse a recibir órdenes, cayendo sobre su je-fe, impulsado por la onda expansiva. El «cabaret» se llenó de humo y polvo mientras el suelo tembla-ba, conmovido por una fuerte explosión. Dos lámpa-ras de cristal cayeron sobre los aterrorizados clien-tes del salón nocturno, hiriendo a varios.

A partir de entonces fué inútil imponer orden, hombres y mujeres, en el paroxismo del terror, se lanzaron ciegamente en busca de la salida, a través de un vestíbulo, cubierto de escombros. Morgan, ya en pie, mordíase los labios colérico. Debió extrañar-le que Garret y los suyos no se preocuparan de des-trozar el local y sí de mantener a raya a los defen-sores del mismo. Sus planes eran más audaces. Les bastó colocar una bomba con espoleta retardada y huir.

—Cinco de nuestros hombres han caído, jefe — informo Romney.

—Encárgate de todo y lleva a la policía a mi despacho. ¡Ahí llegan!

Las sirenas de los vehículos de la Patrulla Volan-te de la Metropolitana atronaban el espacio…

***

Obedientes a las instrucciones recibidas, los que con Andrew viajaban en el vehículo apeáronse fren-te a las oficinas de la «Western Unión Telegraph» y se separaron. Elliot, que había sufrido una rozadura de bala en la mano izquierda, anduvo unos metros hasta encontrar un taxi, al que dio las señas del do-micilio de Neville Sass. Apenas sangraba, pero que-ría que el médico le desinfectase la herida.

Al pulsar el timbre sonrió. Sin duda el buen viejo iba a recibirle con sus acostumbradas imprecaciones. Se equivocaba.

—Hola, Andrew. Llegas oportunamente.

—¿Sucede algo?

—Sí. Dick y Anny Saragat duermen en mi casa. Entra al despacho.

¡La esposa de Samuel Ulbrich!

—¿Que ha pasado?

Cuando el medico terminó su historia, Elliot, mostrándole la mano, dijo:

—Cúreme, por favor.

La idea de que podía ver a Anny apenas amane-ciese, invadió su espíritu con una luz nueva…

CAPÍTULO IV

En la soleada mañana, el Lago Michigan, visto desde Lake Shore Drive, (3) ofrecía un deslumbrador espectáculo. El aire portaba los aromas del inmedia-to Parque Lincoln y las tranquilas aguas, pobladas de pequeñas embarcaciones, reverberaban a los rayos de luz con cambiantes tonalidades.

Mientras descendían por una ancha escalera de cemento, que comunicaba con los muelles de recreo, Anny suspiró:

—Llevaba muchos años sin disfrutar de tanta paz.

—Yo también — repuso Andrew —. Para mí la paz no es más que una tregua.

Ella le miró sin atreverse a hacerle una pregunta que pugnaba por brotar de sus labios. Minutos des-pués, en una gasolinera alquilada, lejos de tierra, abordó el tema que le obsesionaba:

—¿Es cierto lo que me dijo mi marido?

—¿A qué se refiere?

—Aseguró que usted era un «gangster». Yo no puedo creerlo.

El aludido, sacando un cigarrillo de su pitillera de plata, lo encendió antes de responder:

—Lo soy.

Anny, que ocupaba el asiento de proa, dejó que las aguas mojaran su mano derecha. ¿Por qué le do-lía tanto la revelación de Elliot?

—¿Cómo ha podido acostumbrarse? Usted es bueno.

—Me juzga con demasiada benevolencia.

Andrew paró el motor, dejando que la embar-cación se meciese en el lago.

—Las mujeres tenemos un instinto especial para apreciar la bondad. Sé lo que va a decirme. Pero no me falló con mi esposo. Entonces era una chiquilla. Hoy es diferente. Es cierta la dualidad de edades físicas y morales. El dolor me ha hecho envejecer con más rapidez que los años.

—A mí también. Cambiemos el diálogo. Me re-cuerda cosas que ambiciono olvidar. ¿La ha moles-tado su esposo?

—No. Ignora mi paradero. Sin embargo, le temo.

—¿Sabe que es peor que yo? Está a las órdenes de un jefe de banda para distribuir drogas. Antes se adelantó usted a palabras que no pensaba pronunciar. Ahora me corresponde a mí. No le calumnio. Tengo la certeza. ¿No lo sospechó nunca?

Ella negó con el gesto, manifestando sus ideas en alta voz:

—¡Chicago es una ciudad maldita! El castigo de Dios ha de caer sobre todos los que habitamos en ella.

—Sobre mí ha caído ya — dijo Andrew, con voz sorda.

—¿Por qué no me confía sus pesares? Usted me ayudó y quiero corresponderle. Los dolores compar-tidos son menos crueles.

—¡Es inútil, Anny! He consagrado mi vida a un ideal.

—¿La venganza? — inquirió la mujer.

—Lo mismo da. Sé que mi premio consistirá en la muerte. Hoy, mañana, quién sabe si dentro de unas horas, caeré como tantos otros: segado por una ráfaga de ametralladora.

Anny Saragat, impresionada por el fatalismo de las frases de su compañero, inquirió:

—¿Qué le retiene en Chicago? ¡Usted es joven! ¡Huya y rehaga su vida!

Nunca es tarde para recti-ficar. A mí me ligaba una promesa de matrimonio, me ligará por toda la existencia. Sin embargo me he separado de Samuel. ¿Por qué no se separa de sus criminales compañeros? ¿Le da miedo afrontar el porvenir?

—No insista, por favor. Soy un lobo solitario. ¿Ha escrito a su familia?

—Aun no. Tengo que decirles demasiadas cosas. En los diez días que llevo con el doctor le he tomado cariño. Es un hombre bueno. Quiere a Dick como si fuera un hijo. ¿Sabe lo que va a decirle esta no-che? Que curse la carrera de medicina. Él le pagará los estudios.

—Admirable propósito. ¿Compró las ropas que el muchacho necesita? ¿Tuvo bastante?

—Sí. Doscientos noventa y cinco dolares bastan para equipar a cualquiera. Hoy ha ido a presentarse a la oficina para continuar su trabajo. Es un chico in-teligente. — Hizo una pausa —. Regresemos. He de hacer la comida. Me olvidaba decirle que el doctor le ha invitado a que nos acompañe a la mesa. ¿Lo hará?

—Con mucho gusto.

Elliot puso en marcha el motor, y quince minutos más tarde la gasolinera atracaba en el mismo muelle del que partieron.

Despacio, en el afán de prolongar el grato paseo, anduvieron por las anchas y rectas calles de Chicago. En «Twelfth Street», Andrew sufrió un vivo sobresal-to al ver cruzar ante él un coche con tres miembros de la cuadrilla de Morgan.

Excitado, dijo a Anny:

—¡Obedézcame! Tome el autobús que se acerca, y espérame en casa de Neville. No tardaré en reunir-me con ustedes.

—¡Pero…!

—¡Haga lo que le mando!

Empujó a la muchacha al vehículo de transporte urbano y, más tranquilo, miró a su espalda. Dos hom-bres, con las manos hundidas en los bolsillos latera-les de la americana, se habían apeado del automóvil.

Consciente del riesgo, anduvo rápidamente, mez-clándose con el numeroso público que deambulaba por las calles. Al llegar a uno de los muchos «skys-crapers» **(4)** destinados a oficinas, penetró en él, pre-guntando al conserje:

—¿Tiene otra puerta el edificio?

—A la derecha hay un pequeño *hall*.

—Gracias.

Apresuró el paso, mas no pudo evitar ser visto. Los hombres de Morgan, sin disimulos, fueron tras él y Andrew corrió para aumentar distancias. La historia del hampa registraba muchos acosos seme-jantes, y todos terminaron con la muerte de la víc-tima. Apenas le tuviesen a tiro, dispararían contra él sin importarles los testigos. Así era mayor la im-punidad. El confusionismo facilitaba la fuga de los asesinos. A Andrew le repugnaba organizar un tiro-teo entre aquellas gentes sencillas que se encamina-ban a sus quehaceres. Además, las fuerzas estaban desproporcionadas. Tres contra uno.

En Western Avenue, la gran arteria que corta la ciudad de Norte a Sur, vió un coche de la Patrulla Volante de la Metropolitana. Era su única posibili-dad de salvarse. Los «gangsters» rivales le pisaban los talones. Sacó su pitillera, y arrojándola contra uno de los cristales laterales, insultó a los policías:

—¡Cerdos! Vosotros vais en coche y yo a pie.

El agente que acompañaba al conductor, echó pie a tierra y, cogiéndole de un brazo, le metió en el interior del vehículo.

—Disfrutarás del mismo privilegio. Posiblemente te daremos alojamiento

gratuito por una temporada.

Elliot, fingiéndose embriagado, quiso resistirse, y, para enfurecerle más, propinó un codazo al de la Metropolitana.

—¡Suéltame!… ¡Me dan asco los tipos como tú!

Andrew sintió un «clic» metálico, y las esposas se ciñeron en torno a sus muñecas mientras el auto-móvil arrancaba. Confesando estar borracho le impondrían una fuerte multa por falta de respecto a la autoridad, dejándole libre. Los secuaces de Morgan no se atreverían a atacarle.

Así fué. El joven les vió adelantar con su auto-móvil al coche policial, y perderse entre el nume-roso tráfico.

Tranquilo con respecto a su suerte, se dispuso a afrontar el nuevo problema que él mismo se había creado. Comenzó a hablar trabajosamente, insistien-do en los conceptos, con la pesadez propia de los beodos. El de la Metropolitana, bruscamente, le dijo:

—No finja. Está más sereno que yo. ¿Por qué rompió el cristal del coche, insultándome? No ha tomado ni una copa en toda la mañana. Écheme el aliento.

—Tiene razón, policía — reconoció Andrew —. Busqué un pretexto para que, deteniéndome, me protegieran de…

—¿De quién?

El cerebro de Elliot trabajaba con la máxima ra-pidez.

—Verá. Tuve relaciones con una chica, y la dejé plantada. El hermano me seguía con el propósito de darme una paliza.

—¿Se asustó?

—Sí; es un gorila al que no quisiera enfrentarme. Le creo capaz de pulverizarme de un puñetazo.

—¿Por qué no le denunció?

—No quiero complicar a la Ley en conflictos sen-timentales.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Lo he olvidado.

—En la comisaría le refrescarán la memoria. Ya llegamos.

El vehículo se detuvo con un chirriar de frenos, y Andrew hubo de esperar una hora a ser interrogado por un agente, mientras otro escribía a máquina sus declaraciones. Se atuvo a lo dicho, mostrándose arre-pentido de su acción.

—Obré impulsado por el miedo.

—Lo mismo da — repuso el policía de servicio —. Tendrá que pagar cincuenta dolares de multa por desacato a la autoridad y, además, el coste del cristal. Su actitud le libra de una semana de arresto. Tome su pitillera.

—Gracias.

—No nos ha engañado. Telefoneé a Jefatura, donde me han dicho que posee un historial poco re-comendable. ¿Quién iba a matarle?

—Ratifico mi historia.

—El comisario no quiere hacerle el favor de en-cerrarle, a no ser que se confíe a él.

Andrew comprendió entonces por qué se libraba del calabozo. En la Metropolitana esperaban que, movido por el pánico, delatase a alguno de los miem-bros de Morgan o de su propio «gang». No les daría esa satisfacción.

—Lee usted demasiadas novelas policíacas. Ex-cepto el hermano de esa chica, nadie se ocupa de mí. Tenga el billete y cinco dolares para el vidrio. Presente mis excusas al agente que me trajo. ¿Pue-do marcharme?

—Sí.

—Deme mi automática. La licencia está en regla.

—Aun no me explico cómo se la expidieron.

Elliot guardó la pistola en la funda axilar y, se-gundos después, se hallaba en la calle. Respiró satis-fecho. ¡Se había salvado de una muerte segura!

Al entrar en el domicilio de Neville Sass, Anny recobró el perdido color de su rostro:

—Temí que le hubiese ocurrido algo irremediable.

—Por fortuna no ha sido así. ¿Qué hay, doctor?

—Un gran apetito. Le hemos estado esperando.

—¿Y Dick?

—No llegó aún — intervino la mujer —. Comere-mos sin él. Quizá su jefe le haya entretenido.

En la casa del médico se observaba en múltiples detalles la presencia de Anny. Los visillos de las ven-tanas estaban limpios, sin arrugas. Sobre el mueble biblioteca, había un búcaro con flores. La limpieza del suelo y la ausencia de telarañas en las paredes ha-cían más acogedor el hogar.

—Se retrasa Tovne — comentó Andrew.

—Acostumbraba a hacerlo otras veces, no por su voluntad.

Hubo una larga pausa. Elliot se esforzaba en no mirar a la muchacha tantas veces como deseaba, para no creer en ella un clima de desconfianza.

—Es mi deber decirle las causas por las que me separé de usted.

—Nada le obliga.

—Sí, Anny. La casualidad permitió a tres «gangs-ters» de Morgan verme, y se dispusieron a matarme. — Refirió la treta empleada, y al terminar, manifes-tó la inquietud que comenzaba a invadirle —: Son las cuatro y media. ¿Por qué no llama a la oficina?

—Pensaba hacerlo ahora mismo.

La mujer se puso al habla con la agencia de se-guros, que había comenzado ya la jornada de la tar-de. Elliot la vió palidecer.

—Gracias…

Al colgar el aparato telefónico, Anny apoyó la espalda en la pared, cual si fuera a desmayarse.

—¿Qué le ha ocurrido al chico?

—No lo sé. El jefe concedió a Tovne un permiso de cinco días, por lo que abandonó la oficina a las doce.

El silencio con que el doctor y Andrew acogieron sus palabras hizo comprender a Anny que los dos hombres compartían sus presentimientos.

—¿Qué temen? ¿Por qué se quedan callados? — preguntó angustiada.

—Nada se gana perdiendo los nervios. Puede ha-berse entretenido, entrar en un cine de sesión con-tinua… ¡Cualquiera sabe!

—Sea sincero, Elliot. ¿Qué piensa?

—En una posible venganza de su esposo ayudado por los hombres a quienes sirve. Si es así, le salvaré a cualquier costa. Ahora hemos de esperar.

Transcurrió el tiempo. Acomodados en el tresillo se esforzaron en distraer su imaginación. El médico leía un grueso volumen de cirugía de tórax: Andrew fumaba nervioso, encendiendo un cigarrillo con la punta del anterior; Anny esforzábase inútilmente en bordar. Elliot, por distraer a sus amigos, dijo:

—Sus virtudes femeninas no son comunes en los Estados Unidos. Aquí la casada no es de casa sino del trabajo, del círculo de amistades, de las diversio-nes. Me sorprende verla manejar la aguja con tanta destreza.

—Se olvida de que soy europea. En Italia no con-cebimos tantas libertades en la mujer. De ahí nues-tro éxito con el ejército de ocupación. Un marido no

tiene que encargarse de faenas domésticas sino de allegar recursos materiales.

Languideció el diálogo apenas iniciado. A las ocho, Elliot, incapaz de dominar sus nervios, se incorporó, paseando a grandes zancadas hasta que el timbre del teléfono le interrumpió. Al asir el auricular su mano temblaba.

—Diga… Sí. Ahora se pone. Es para usted.

Ofreció el aparato a la mujer, mientras se mordía los labios intuyendo una cruel verdad.

Anny, tras un balbuceante «diga», escuchó en si-lencio durante unos segundos. De vez en vez intenta-ba oponerse a lo que desde el otro lado del hilo la ordenaban.

—¡No!… ¡No!… ¡Dios mío! Sí, obedeceré. ¡No le hagas daño! Sí…

Colgó el auricular. De no ser sostenida a tiempo por el médico y Andrew, hubiera rodado al suelo, falta de fuerzas para sostenerse en pie.

—Cálmese, Anny — rogó el facultativo —. ¿Qué le pasa a Dick?

—Me llama para que me reúna con él. Debo ir inmediatamente.

Elliot, que había llenado una copa de coñac, im-pidió que se levantara:

—El licor la confortará.

La aludida bebió de un sorbo lo que Andrew le ofrecía, incorporándose.

—He de marcharme.

—No lo permitiré, Anny. Usted quiere sacrifi-carse por salvar al muchacho. Reconocí la voz de su marido. La vida de Dick depende de que usted se entregue a él. ¿Le supone capaz de cumplir una promesa? Mandará matar a Tovne, y usted sufrirá un horrible cautiverio. ¡Ese hombre es un miserable!

Elliot la sujetaba por los hombros.

—He de salvarle.

—¡A su costa no!

—¡Suélteme!

—¡No saldrá de aquí!

El doctor Sass intervino oportunamente para evi-tar que Anny continuara forcejeando por desasirse.

—Estudiemos las cosas con calma. Mejor será que nos serenemos. Para que usted vaya siempre hay tiempo. Quizá encontremos una solución. Siéntese, hija, y perdone la brusquedad de Andrew. La esti-ma, y le horroriza saberla en manos de su marido.

Las conciliadoras palabras del médico tuvieron la virtud de calmar los excitados sentimientos de los dos jóvenes. Ella, dejándose caer en un sillón, sollozó quedo.

Neville, una vez que Anny se hubo tranquilizado, inquirió con voz cariñosa:

—Cuéntenos lo que su esposo le ha dicho.

—¡Ha raptado a Dick! Afirma que su vida depen-de de mi obediencia. He de estar a las nueve de esta noche en la puerta del Teatro del Norte, esperando que él se presente o lo haga alguien en su nombre. Me ha amenazado con matar a Tovne si comunico con ustedes o la policía. ¡Y es capaz de hacerlo! ¡Le ciega el odio!

—¡Es un cobarde! — masculló Andrew —. ¿Có-mo averiguó su residencia?

—Dick se lo diría — sugirió el médico.

—Es la única explicación lógica.

Elliot apretó los puños con ira. Estaba seguro de que el muchacho no confeso espontáneamente el pa-radero de Anny sino que fue obligado a hacerlo. La idea de la tortura, horrorizándole, le hizo concebir pensamientos de venganza. ¿Qué resolver? Necesita-ba un plan que no pusiera en peligro la vida

de Dick y menos aun la de la muchacha. Neville Sass interrogó a Andrew:

—¿Tienes certeza de que ese hombre está al ser-vicio de Morgan White?

—Sí.

—Entonces… Por vez primera utilizaré mi in-fluencia moral cerca de unos seres que carecen de ella. Haré una visita a ese bandido para recordarle antiguos favores. Le tuve alojado en mi casa doce días, con un pulmón atravesado por un proyectil. Voy a pedirle que deje en libertad a Dick sin mezclar a Anny. De no obtener éxito no le resta más que un camino, Andrew.

—Ya sé cuál es. Hay hombres que no recuerdan favores si creen haberlos pagado con dinero.

—Le amenazaré con denunciarle. En el delirio producido por la fiebre dijo cosas que he escrito y guardo en una caja del «First National Bank». Si me ocurriera algo, encontraréis la llave oculta en un pa-quete de algodón. Os llamaré por teléfono antes de las nueve. No me dará tiempo a regresar.

Salió rápidamente. Al sentir el golpe de la puer-ta, Elliot rogó:

—Perdone mi brusquedad anterior, Anny. Sé que no debo decírselo porque nos separa una barrera: su matrimonio. Sin embargo la idea de que pueda ocurrirle algo me enloquece.

La mujer, con un estremecimiento, repuso:

—Es usted bueno. No me equivoqué al juzgarle. No vuelva a hablar así. ¿Es sólo amistad o…?

—No se atreve a pronunciar la palabra que pug-na por salir de sus labios. En los días que llevo vién-dola he sentido que algo nuevo inyectaba en mi pecho una inquietud a la que en vano intento sustraer-me. Yo…

—¡No siga! Se lo suplico.

Tanta angustia reflejaban las palabras de Anny Saragat, que Andrew calló.

El silencio fué tan denso que le parecía escuchar el débil «tic-tac» de su reloj de pulsera.

—Si fracasa el doctor, tendrá usted que acudir a la cita. ¡Yo impediré que sea víctima de Ulbrich!

—¡Ha de prometerme que no le matará!

—¿Por qué? ¿Le ama aún?

—No, Elliot. ¡Considero horrible que pensara en eliminar un obstáculo que le impide acercarse a mí! ¡Me juzgaría responsable de un asesinato!

—¿Me quiere, Anny?

—No insista, Andrew. Soy una mujer digna, in-capaz de una traición.

—¡Existe el divorcio!

—Para mí no. Mientras viva mi marido estaré uni-da a él por vínculos sagrados. Si puedo salvar su vida, debo hacerlo.

—¿Aunque la maltrate?

—Sí.

Elliot miró a la mujer.

—Es usted admirable. Haré lo imposible por ver-me obligado a no disparar contra Ulbrich. Si lo ha-go, procuraré herirle solamente.

—Gracias.

A partir de ese momento, los ojos de los dos jó-venes se posaron con insistencia en el teléfono. Era pronto para que Neville Sass llamase. Sin embargo, el aparato ejercía una singular atracción, a la que en vano Andrew y Anny intentaron sustraerse. Por él había de llegar una noticia: la de la libertad de Dick sin condiciones, o la de que era preciso poner en peligro la vida de la que respiraba afanosa, presa de congoja.

—Las nueve menos veinte — comentó Elliot —. Sólo necesita siete minutos. El «Teatro del Norte» está a escasa distancia, en pleno barrio comercial. ¿Tiene miedo, Anny?

—Por mí no. Considero la muerte, sin desearla, una rápida liberación a tanta miseria como me ro-dea desde que me trasladé a los Estados Unidos. Me preocupa la suerte de Dick y la de usted.

Eran sinceras sus palabras, y Andrew se sintió conmovido.

—Gracias por su interés. ¿Qué le ocurrirá a Ne-ville?

—¿Le habrán matado?

—No. Goza de las simpatías de todos. Morgan podrá acceder o no a lo que pide, pero nunca man-dará asesinarle.

—¿Y si le amenaza?

—No le creerá capaz de cumplirlo.

¿Como no había pensado Elliot en semejante po-sibilidad? El «boss» rival, tras sus últimos descala-bros, era posible que tuviese los nervios a flor de piel, y, en un rapto de cólera, disparara contra el viejo médico.

—No — se dijo Andrew para sí —. Estoy excita-do y no veo sino peligros.

Repicó el timbre del teléfono. Elliot, con ansie-dad, se puso al habla.

—Sí, soy yo… ¿Seguro?… No queda más reme-dio que arriesgarse. Hasta luego. — Colgó el auricu-lar —. Morgan ha salido de Chicago, y no regresará hasta mañana. Le acompaña su lugarteniente Rom-ney Bypas.

—Él ha hecho cuanto podía. Ahora me corres-ponde a mí.

—No; a nosotros. Si fracaso moriré junto a us-ted.

Anny, emocionada, miró a Andrew con ternura y desesperación…

CAPÍTULO V

Anny se vió rodeada por el numeroso público que, comentando las incidencias del espectáculo, sa-lía del «Teatro del Norte». Llevaba más de veinte minutos esperando. ¿Y si se hubiera arrepentido? Aquel era el momento más propicio para actuar am-parado en la multitud.

Cuando mayor era la afluencia de gente y tráfi-co, un hombre se le acercó:

—¿Aguarda a su esposo?

—Sí.

—Venga conmigo.

Abriéndose paso a empellones llegaron a un «Stu-debaker» último modelo.

—¿Y mi marido?

El que se hallaba al volante, volviéndose, dijo:

—Sube, querida. Me emociona tu interés por mí.

—¿Qué has hecho de Dick?

—No es momento para diálogos. Ya hablarán lo que deseen.

Anny, empujada por el individuo que la acompa-ñaba, penetró en el vehículo, recostándose en el asiento posterior. La emoción la ahogaba. ¿Qué iba a ser de ella?

En marcha el «Studebaker», la joven veía, por el espejo retrovisor, los ojos de su esposo, brillantes de gozo. Reflejaban tanta maldad que no pudo evitar un estremecimiento. «¿Le supone capaz de cumplir una promesa? Matará a Dick, y usted sufrirá un ho-rrible cautiverio». Tales fueron las palabras de Andrew.

—Acudí a la cita fiada en tu promesa.

Ulbrich lanzó una carcajada.

—No seas necia. Abandonaste la casa mientras Tovne me amenazaba. Me he apoderado de ti con un pretexto. Nada salvará a ese entrometido.

—Aseguraste que le dejarías en libertad.

—¡Bah! ¿Quién se acuerda de eso? Tápale los ojos, Murray. No estorban las precauciones.

El aludido obedeció, y quince minutos más tarde el «Studebaker» se detenía ante el portal de una ca-sa de la calle Monroe, un edificio comercial en apariencia, oficina importadora y exportadora, y, en rea-lidad, centro de contrabando de Morgan. Tal lugar era conocido únicamente por el reducido grupo de hombres que negociaba con drogas.

Al serle quitado el pañuelo, lo primero que vió Anny fué el rostro irónico de su marido.

—Ven conmigo. Te llevaré junto a Dick. Todavía es pronto para que me ocupe de ti. Quiero que veas de lo que soy capaz.

La mujer no respondió. ¿Para qué? Estaba re-signada con su muerte. Entre los dos hombres andu-vo por un pasillo de la planta baja. Ulbrich inqui-rió, mirando al que le había ayudado en su criminal empresa:

—¿Tienes certeza de que nadie nos ha seguido?

—Absoluta. Miré continuamente por el cristal posterior.

—Bien. El jefe no nos perdonaría una impruden-cia que pusiera en peligro su mejor escondite.

—No me agrada lo que hemos hecho. Debimos consultarle.

—Ni él ni Romney están en Chicago, y en su ausencia mando yo. — Abrió la puerta de una habi-tación en tinieblas —. Entra. A la derecha encontra-rás el interruptor de la luz.

Apenas Anny hubo obedecido cerró a su espalda, alejándose con el llamado Murray.

La joven, tranquilizada por la ausencia de su ma-rido, buscó a tientas el conmutador eléctrico. Al en-cender la luz no pudo contener un grito de espanto. Dick Tovne se hallaba en el suelo, con el rostro cu-bierto de moraduras y el traje en jirones, empapa-do en sangre. Al ver a Anny inclinó la cabeza:

—¡Soy un cobarde! ¡Yo tengo la culpa de que es-tés aquí!

La muchacha, compadecida, preguntó acercándo-sele:

—¿Te obligaron a revelar mi paradero?

—Sí. No pude más. Primero, me golpearon con los puños haciéndome perder varias veces el sentido. Después trajeron un látigo y… ¡Dios mío, es horri-ble! — Anny puso una mano sobre el hombro de Tovne —. ¡No me toques! Mi cuerpo es una llaga.

—¿Y aun afirmas que eres cobarde?

—¡Debí aguantar hasta la muerte!

Ella, emocionada por tal prueba de cariño, se sentó en el suelo, junto a Dick, prodigándole pala-bras de consuelo. Su instinto maternal, intuitivo en todas las mujeres, se desbordaba a torrentes. Segu-ra del fin que aguardaba a su amigo, miró en torno suyo, con el afán de huir. La habitación carecía de

ventanas, y la cerradura de la puerta era moderna. Había que resignarse a lo irremediable.

—Te ayudaré a cambiar de postura.

—¡No! soy incapaz de moverme. Por eso no me ataron. Cuéntame cómo se pusieron en contacto con-tigo.

Anny refirió la llamada telefónica, y cómo An-drew deseaba salvarles.

—Temo que haya perdido la pista — concluyó —. Había demasiado público en la acera, y todo sucedió en unos segundos. Ulbrich y su cómplice están seguros de que nadie les siguió.

—¡Se equivocan! Si Elliot ha prometido sacarnos de aquí, lo hará. Me cazaron estúpidamente. No creí que el odio de Samuel fuera tan intenso. En el portal de la oficina me abordaron dos hombres, con cigarrillos sin encender. Creí que iban a pedirme lumbre. Lo que hicieron en realidad fué sacar automáticas de fundas axilares e, introduciéndolas en los bolsillos laterales de sus americanas, amenazar-me con disparar si no les obedecía. Por sus rostros vi que eran «gangsters» profesionales. Juzgué estú-pido resistirme. Me hubieran asesinado.

—Hiciste bien.

—No. Morir entonces significaba no ser débil. Andrew me despreciará por cobarde. Ulbrich te hará desear la muerte, Anny.

—No lleves las cosas a ese extremo. Quizá Samuel se conforme con que todo continúe como antes.

—¡Es un loco! Encontraba placer en golpearme.

—Cálmate, Dick. ¡Si hubiera un poco de agua para lavarte las heridas!

La estancia, totalmente desamueblada, ofrecía un sucio aspecto. Anny anduvo por ella acercándose a la puerta. Actuaba mecánicamente, movida por un pánico que esforzábase en disimular para que Tov-ne no se acongojase más.

Al sentir pasos cercanos hubo de hacer un gigan-tesco esfuerzo para no lanzar un grito de espanto. Abrióse la puerta y Samuel Ulbrich, con una sonrisa demoniaca, cerró tras él, encarándose con su mujer.

—¿Has visto cómo pago las traiciones?

—¡Ten piedad de nosotros! Te prometeré lo que desees.

—Ya es tarde. Os anuncié que me vengaría. Cuan-do te deje en condiciones de que no puedas huir, Anny, me llevaré a Dick a dar un paseo del que no se regresa jamás.

—¡Vuelve en ti, Samuel! — imploró la joven, re-trocediendo conforme avanzaba su esposo —. ¡No es-tás en tu sano juicio!

—No lo estuve nunca — repuso el interpelado —. Yo era un hombre normal hasta que las persecucio-nes nazis me condujeron a un campo de concentración por el delito de llevar sangre judía en las ve-nas. Durante dos años fui víctima del sadismo de mis verdugos, viendo morir a millares de camara-das. Escapé a través de una Alemania que me aco-saba. No bien hube transpuesto la frontera suiza, perdí el conocimiento. Al recobrarle me hallaba en un sanatorio psiquiátrico. Mis sueños eran turbados por los monstruos de mi pasado.

El hombre hizo una pausa mirando a Tovne y a la mujer con ojos desorbitados por el recuerdo y la demencia.

—Permanecí recluido hasta un año después de terminarse la guerra. Mejoré bastante, y una tarde el médico me llamó a su despacho para decirme que estaba en condiciones de recobrar la libertad, siem-pre que me comprometiera a regresar al menor sig-no de decaída. Marché a Nápoles, donde tenía un amigo que me proporcionó una interesante repre-sentación. Nos conocimos entonces. Creo que hasta llegué a quererte un poco. Lo cierto era que nece-sitaba una

mujer para que me cuidase. A los pocos meses de trasladarnos a los Estados Unidos fui tes-tigo de una lucha de «gangsters» en plena calle. Me impresionó tanto que aquella noche soñé de nuevo con el campo de concentración. Fué obsesionándome el recuerdo del sanatorio. Me mezclé en turbios asun-tos con deliberada complacencia. No espero que la policía me detenga; si lo hiciera… ¡estoy loco! Mis antecedentes bastan para librarme de la «silla». Sin embargo mi cerebro rige con normalidad para el odio y la venganza. Saciaré en ti, Anny, el rencor que me domina. Tienes la misma cara que la mujer de uno de los jefes nazis que me torturaron. La bo-rraré con un cuchillo, y luego…

Esgrimió un puñal. Tovne quiso incorporarse, y las fuerzas le faltaron. Ella gritó:

—¡No, Samuel! Recapacita. ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Te hubiese curado! Ahora también hay tiempo. Serías como siempre, feliz, cariñoso, bueno. Estás enfermo. ¡Déjame ayudarte! Reharemos nuestra vida en Italia. Te acompañaré a Suiza para que te trate el mismo médico. ¡No te abandonaré!

Ulbrich escupió su despecho, su anormalidad men-tal:

—¡Tus palabras son inspiradas por el temor al más fuerte y no por el cariño! He llegado demasiado lejos para retroceder.

—¡Nunca es tarde! ¡Piensa en el día de nuestra boda, en tus promesas ante el altar!…

—Palabras… palabras…

—Son realidades, Samuel. Tus violencias en-friaron mi cariño. Ignoraba la tragedia que acabas de contarme. ¡No te pierdas para siempre! Si nos matas no podrás rectificar.

—¡Tienes miedo!

—Sí; más por ti que por mí — repuso Anny apa-sionada, vehemente —. ¡Reacciona! Olvídate de los horrores de la guerra, y recuerda nuestra luna de miel: los anocheceres en Capri, las excursiones a Roma y Sicilia, el grandioso espectáculo del Vesubio, en la Campania. En Sicilia vestimos los trajes típi-cos, y, mezclándonos con los aldeanos, bailamos sus danzas y bebimos sus vinos. Aquello no ha muerto. ¡Podemos resucitarlo! No se puede fingir la Congo-ja que hay en mi voz. Hiéreme si quieres, pero pien-sa que te he amado, que el amor no muere a no ser vencido por la crueldad…

Dick Tovne presenciaba, preso de congoja, los desesperados esfuerzos que Anny hacía por evitar, con el doble crimen, la completa perdición de su esposo. Él había sospechado con frecuencia que la anormalidad de conducta de Ulbrich era producida por algo más que el alcohol.

—Samuel, déjame que te bese. Tú no eres malo. Pasará como la otra vez.

La joven avanzó hacia su esposo como si ignorase el puñal que éste esgrimía. No llegó a rozarle con sus labios. Ulbrich la apartó de un empellón:

—¡Maldita seas!

Sin ánimos para resistir, Anny se dispuso a aguar-dar la muerte…

CAPÍTULO VI

Apenas arrancó el «Studebaker», Andrew se dijo que necesitaba de toda su astucia para seguir al coche sin ser observado. ¿Cómo? El gran tráfico de Chicago iba a darle la solución.

En un taxi, recomendando al chofer que no per-diera de vista al vehículo, llegó hasta un cruce de peatones, y, entregando un billete de cinco dolares al conductor, saltó a otro automóvil de alquiler.

—Vaya detrás de ese «Studebaker». Tiene diez dolares si en la próxima parada se sitúa junto a otro coche desocupado. No quiero que vean siempre el mismo taxi.

—Así lo haré.

Cambió cinco veces de vehículo, protegiéndose de forma que los que suponía «gangsters» de Mor-gan no repararan en él. Lo consiguió.

La suerte, que no le abandonaba, hizo que el re-corrido del «Studebaker» fuese corto. Ante el edi-ficio de la calle Monroe, casi esquina a la de Dear-born, meditó en la forma de entrar sin ser descubier-to. Era imposible hacerlo por ninguna de las ven-tanas de la planta baja, ya que los numerosos tran-seúntes y las persianas metálicas se lo impedían. ¿Qué hacer?

No quedaba más que un camino. Calándose el sombrero negro hasta los ojos, penetró en el abierto portalón. Un hombre se interpuso:

—¿A dónde vas?

—Quiero ver a Morgan. Traigo una carta de Pat Garret. ¿No me has reconocido, Murray? No bus-ques el revólver. Me esperan cinco amigos que intervendrán al oír un disparo. Mi jefe no quiere ya la guerra. ¿Te la doy o me dejas pasar?

Había tanta naturalidad en las palabras de Elliot y sus manos estaban tan separadas del cuerpo, en un gesto nada hostil, que el «gangster» creyó que, en efecto, se trataba de un nuevo intento de paz como el frustrado por la muerte de Larry Bolt.

—Morgan no está. Dame esa carta.

Andrew hizo un movimiento para introducir su mano derecha en uno de los bolsillos laterales pero, de pronto, su puño se alzó con tremenda fuerza pa-ra chocar con la mandíbula de Murray. El golpe ha-bía sido dado con fuerzas, y Elliot notó un agudo do-lor en los nudillos. Arrodillándose desarmó al «gangster», golpeándole con la culata del revólver para evi-tar que recobrara el sentido. ¿Cuántos enemigos ha-bría en la casa?

Seguro de que se estaba metiendo en la boca del loco, pero dispuesto a no retroceder, registró la plan-ta baja. Al ver luz a través de una de las puertas se detuvo.

—Samuel, déjame que te bese…

La ira y los celos cegaron el entendimiento de Andrew. ¿Anny era cómplice de su esposo? Una mal-dición le convenció de lo contrario. ¿Qué pasaba en el interior de la habitación?

Con cuidado para que desde dentro no repara-sen en su maniobra, alzó el pestillo, empujando la puerta, que no cedió. Estaba cerrada con llave. No tenía más remedio que sembrar la alarma.

Sin vacilaciones, decidido a aceptar lo irremedia-ble, agotó el cargador de la automática de Murray contra la cerradura y, tomando impulso, se lanzó sobre la hoja de madera. Esperaba que aun ofrecie-se resistencia. No fue así. Los

proyectiles habían destrozado los puntos de apoyo, y Andrew cayó de bru-ces al suelo mientras escuchaba un grito de alegría.
—¡Elliot!
El joven se incorporó a tiempo de sujetar en el aire la mano de Ulbrich que, armada con el puñal, se disponía a acuchillarle. Luchó en silencio, sin-tiéndose desfallecer. Su enemigo poseía un extraor-dinario vigor. Obraba impulsado por un ataque de locura.
Andrew alzó la rodilla propinando al marido de Anny un feroz golpe en el bajo vientre, que le obli-gó a encorvarse y retroceder. Elliot desenfundó su pistola, pero la mujer se interpuso:
—¡No dispares! ¡No es responsable de sus actos!
El puñal, arrojado a distancia por Ulbrich y di-rigido al pecho del odiado enemigo, se clavó en la espalda de Anny, que aun tuvo fuerzas para conti-nuar desviando el brazo de Andrew, lo que aprove-chó Samuel para huir.
—¡Escapa! — gritó Dick.
Elliot, olvidándose de lo que no fuera la vida de la joven la tomó en sus brazos. Miró a Tovne.
—¡Tienes que ayudarme! Has de salir por tu pro-pio pie, protegiéndonos a los dos. ¡Puedes y lo ha-rás! ¡Eres un hombre! Demuéstralo.
Tovne, estimulado por las palabras del que tan-to admiraba, se arrastró hasta una de las paredes, y, apoyando ambas manos en la superficie, en un so-brehumano esfuerzo, logró incorporarse. Andrew, dándose cuenta de que el muchacho estaba en el límite de sus fuerzas, gritó:
—¡Así, Dick! Sólo hay unos metros hasta el por-talón. Subiremos al coche, ¡Hay que llegar! Coge mi pistola y apóyate en mi hombro.
Tambaleándose, en un alarde de voluntad, el jo-ven esgrimió la automática. Las piernas se le do-blaban.
—Despacio, Elliot. ¡Voy a caerme!
—¡No! Haz fuego contra el primero que aparez-ca. ¡Vamos! Son sólo unos momentos.
Tovne mordióse los labios hasta hacerse sangre. Avanzo unos pasos, siempre con el apoyo de Elliot que, con Anny en brazos, continuaba arengándole.
Alcanzaron el pasillo. Andrew, que miraba en todas direcciones, vio surgir a un hombre de una habitación.
—¡Tira, Dick!
El muchacho, que también había descubierto el peligro, hizo fuego por dos veces, obligando al cóm-plice de Ulbrich a ocultarse.
—¡No puedo más! — gimió dejándose caer —. Le cubriré la retirada.
Elliot, convencido de que el muchacho sería in-capaz de caminar por sus propios medios, alejóse con rapidez hasta el «Studebaker» en el que depo-sito a Anny, regresando junto al bravo Tovne que, al verle, sonrió:
—¡No se atreve a asomar la cabeza!
Estaba viviendo una aventura como jamás pu-diera haber sonado. Andrew, alzándole en vilo, le sacó de la zona peligrosa, depositándolo al lado de la mujer.
—Cuida que nada roce el mango del cuchillo.
—Esté tranquilo.
Experto conductor, Elliot no tardó en llegar fren-te al portal de la casa que habitaba Neville Sass. Sin importarle la curiosidad de los transeúntes, verificó el traslado de los dos jóvenes.
—Ocúpese de ellos, doctor. Abandonaré el co-che en las inmediaciones.

Cuando bajó no había nadie en torno al «Stude-baker». Todos los periódicos hablaban de la resu-rrección del viejo «gangsterismo», y nadie deseaba verse complicado en una lucha a tiros.

En la calle del Estado, principal lugar de ven-tas al por menor, Andrew se apeó del coche, regre-sando a pie al domicilio del médico, que acababa de extraer el acero de la espalda de Anny.

—¿Morirá? — fué su primer interrogante.

—Confío en salvarla. Sin embargo, la herida es grave. Lávate bien las manos y disponte a darme lo que te pida. Hemos de cortar la hemorragia a cual-quier costa.

Durante media hora, Neville Sass y Andrew tra-bajaron en silencio. El cirujano, cuyas manos ac-tuaban con rapidez y serenidad, dijo:

—Ayúdame a llevarla a su alcoba. Hemos hecho lo humanamente posible. La velaré toda la noche. Quizá sea precisa una transfusión. Ahora te corres-ponde a ti, Dick. Lo tuyo será más doloroso.

—No importa — repuso el aludido, con gesto va-ronil.

Tovne aguantó la cura con admirable entereza. Al terminar, sus ojos brillaban de orgullo:

—¿Me supone un cobarde por haber hablado, Elliot?

—No lo pensé ni un momento. ¡Aguantaste como un hombre! Las fuerzas humanas tienen un límite.

Andrew, preso de viva inquietud que se esforza-ba en vano en disimular, paseó por la estancia. El doctor le interrogó:

—¿Qué te preocupa? Aun no me contaste lo ocu-rrido.

—Temo que los hombres de Morgan, guiados por Samuel Ulbrich, vengan a rematar a Anny.

—Nosotros lo impediremos montando una guar-dia permanente — repuso el anciano médico —. Guar-do el revólver que me entregó Dick.

—No podremos con ellos, si vienen en grupo y con ametralladoras. Hay que encontrar una solución.

—Cuando amanezca saldré de nuevo. Me dije-ron que Morgan regresaba hoy a Chicago. He de arrancarle la promesa de que sus «gangsters» se man-tendrán al margen de este asunto. Tovne debe descan-sar.

Sin aguardar el asentimiento del muchacho. An-drew le alzó en vilo, conduciéndole a su habitación. Cuando regresó, el doctor terminaba de llenar dos copas de una botella de coñac.

—Bebamos. Elliot. Nos sentará bien.

Mientras fumaban, recostados en los respaldos de los respectivos sillones. Andrew narró su breve his-toria, sin omitir la locura de Ulbrich, de la que Dick le dió cuenta durante el trayecto.

—Anny, interponiéndole entre nosotros, evitó que le matara. ¿Cree en su demencia?

—Sí, es un caso frecuente. Lo peor es que él lo sabe y piensa en ello como en una coartada, lo que le convierte en un ser peligroso, sin temor al máxi-mo castigo que la Ley aplica a los criminales. Vi-gila aquí. Yo lo haré a la cabecera de la enferma.

—¡Cuántas complicaciones he venido a traerle!

—Mi vida carecía de atractivos. He abandonado la lucha por superar científicamente a mis colegas. Quiero a Anny y a Dick como si fueran mis hijos. A ti debo el gozo de no sentirme solo…

***

Morgan White, luego que Neville Sass terminó la historia de la intervención de Elliot para evitar que Tovne se convirtiera en un delincuente, y sus posteriores consecuencias que culminaron con el rescate de Dick y Anny, comentó, sarcástico:

—Ignoraba que Andrew se hubiera convertido en una Hermana de la Caridad. A nadie le concede-ría lo que usted pide. Lo haré a condición de que los que han intervenido en la aventura guarden el secreto del emplazamiento del lugar a donde lleva-ron a los prisioneros. Si alguno traiciona su jura-mento, no tendré piedad. Le agradezco su sinceridad. Por Murray sabía parte de la historia. Samuel Ul-brich aprovechó mi ausencia y la de Romney Bypas para utilizar a mis hombres en su provecho. Una la-mentable equivocación.

—Fruto de un cerebro desequilibrado.

—Sí, tal vez. Encienda un habano, doctor — acer-có una caja de la que Neville extrajo un grueso ci-garro, satisfecho del giro que había tomado el diálogo — Andrew Elliot es un individuo raro. Llegó a Chicago hace tres años. Goza fama de valiente, y lo es. Le temo más que a Pat Garret. Obedece las órdenes con rigidez, sin pecar por exceso o defecto. Me gustaría descubrir su pasado. ¿Le conoce?

—No.

—He investigado y todas las respuestas son idén-ticas a la suya. ¿Qué oculta? ¿Horribles críme-nes o…?

—¿Qué sospechas. Morgan?

—Usted sabe que no son pocos los policías a quienes costeo lujos por su complicidad o sus in-formes. Es un método que utilizaron los más podero-sos jefes de «gang», en particular Al Capone. Me trasladé a Nueva York a recibir una noticia que con-moverá al mundo del hampa. ¡Un agente secreto de la Metropolitana se ha infiltrado en los bajos fondos de Chicago!

—¿Cuál es su nombre?

—Sólo lo conoce el Estado Mayor de la Metro-politana y el F.B.I. De la Academia partió a cum-plir una tarea que le fué impuesta. ¡Alguien ha impedido que la paz entre el «gang» de Larry Bolt y el mío fuese un hecho! Yo no di orden de matarle. El asesinato desató una guerra cruel, en la que nos estamos aniquilando. Es una hábil maniobra de ese espía.

—¿Qué tiene que ver Andrew con todo esto?

—Eso es lo que me propongo averiguar.

White guardó silencio, mientras Neville sentía que una sospecha se clavaba en su cerebro. De no estar el «boss» equivocado. Elliot era hombre muerto.

—He de darle las gracias, Morgan. El favor me lo hace personalmente, y no lo olvidaré. Anoche es-tuve a verle con el mismo objeto.

—¡Lástima que me hallara ausente! ¿Necesita dinero? Si se ve apurado, no deje de visitarme.

Bien lejos estaba el anciano médico de saber que la benevolencia mostrada por Morgan obedecía a ha-berle dado una pista sobre el presunto culpable de traición. Ninguno de los «gangsters» que en Chicago operaban hubiese actuado con tanta nobleza como Elliot, sin esperar recompensas económicas o amorosas. ¡A Andrew le bastaba con el deber cumplido!

Pulsó el timbre de su mesa reclamando la pre-sencia de Romney Bypas, que iba a recibir la orden más sorprendente de su vida:

—Necesito que hagas una visita a Pat Garret. Quedarás como rehén a fin de que él acceda a visi-tarme.

—¿Quién garantizará mi vida?

—Estas líneas. No ignora que eres mi brazo dere-cho, y que no cambiaré tu

existencia por la suya. — Leyó en alta voz —: «Conozco la identidad de un miembro de la Metropolitana, infiltrado en tu «gang» y, por consiguiente, al tanto de nuestras actividades. Si es el que sospecho, hay que eliminarle antes de que sea demasiado tarde. No habrá traiciones. Ga-rantiza mi palabra Romney Bypas, que se quedará con vosotros hasta tu regreso, ¡yo no mate a Larry Bolt! Creo que es una maniobra para dividirnos, aniquilarnos. Soy el único que puedo evitar ese pe-ligro. El lugar de la cita lo concertaremos por telé-fono, ultimando los detalles. Procura que ninguno de los tuyos se entere. Aguardo tu llamada».

—¿Como se llama el traidor, jefe? — inquirió Romney.

—Tampoco tú lo sabrás hasta el momento críti-co. Ve en seguida. — Morgan descolgó el auricular —. Le advertiré de tu visita, preparándole el camino, a fin de que no te reciban a tiros.

Apenas Bypas hubo salido, el «boss» marcó el número de teléfono del cuartel general de su más en-carnizado enemigo… ¡Las fuerzas del hampa iban a unirse para dar una batalla a la Ley!

CAPÍTULO VII

Andrew Elliot recibió la orden en silencio. Pat Garret, que le observaba inquisitivo, dijo:

—¿Tienes algo que oponer?

—En absoluto. Ese inspector caerá en el momen-to previsto. ¿Algo más?

—Sí. Hemos de ser prudentes. Hay un espía en la organización de Morgan.

—Alla él.

—Es un miembro de la Metropolitana que de-sea exterminar el «gangsterismo». ¿Dónde pasaste la noche?

—¿Vas a mezclarte en mis problemas particulares? Estuve con una mujer. ¿Te basta?

—Por el momento, sí. A las siete de la tarde sal-dremos. Nos acompañarán Velja Lynn y Giuseppe.

—¿Por qué he de matarle yo? No me gusta car-garme a un «poli».

—Uno tenía que hacerlo. Sorteamos. Te corres-ponderán cien dolares.

—¿Actuaré solo?

—Sí. Nosotros nos limitaremos a protegerte.

—Bien. Adiós. Veré a mi rubia anunciándole un próximo regalo.

El gesto cínico de Elliot se borró como por en-canto al pisar la calle, tornándose por otro sombrío. Alfred Kohorn, inspector de la Metropolitana, había sido su maestro en Nueva York, antes de aceptar voluntario una misión suicida, necesaria a la grande-za de la patria. Los Sindicatos del Crimen estaban vi-gilados por miembros de la Oficina Federal de In-vestigación y de la Tesorería. Sin embargo, aquellos brotes del viejo «gangsterismo» eran difíciles de cor-tar, sobre todo si contaban con la indiferencia de los magnates del crimen a quienes los «boss» entre-gaban parte de sus ganancias. Morgan y Pat Garret estaban creando peligrosos imitadores.

¿Quién pudo ser el traidor? Desde que Neville le refirió su diálogo con White tenía la certeza de que iban a probarle.

Con el pretexto de encender un cigarrillo se de-tuvo ante la luna de un escaparate en el que había instalado un «tell-it-to» **(5)**. No se equivocaba. Uno de los soplones al servicio del «gang» le seguía.

Caminó rápidamente y al doblar una esqui-na ocultóse en un portal surgiendo ante su persegui-dor, que no supo disimular la sorpresa.

—No te asustes, Lenkro. Si te han encargado de averiguar lo que hago, ven conmigo. No tengo in-conveniente. Lo que no permitiré es que me espíes. Elige.

Centelleaban peligrosamente los ojos de Andrew. Su interlocutor balbució:

—Te equivocas, Elliot. Iba por mi camino.

—Síguelo sin volverte o te encontraras con una ración de plomo. ¡Vamos!

El hombre comisionado por Pat Garret para vi-gilarle, confundióse con la multitud mientras An-drew subía en marcha a un autobús, apeándose en la primera parada. En un taxi, dirigióse entonces a uno de los extremos de la ciudad. Su intención era comprobar si Lenkro continuaba tras su pista.

Las carreteras inmediatas al lago eran de escaso tráfico, y en ellas pudo asegurarse de que nadie le vigilaba.

—Volvamos a Chicago — ordenó Andrew —. De-téngase en la avenida Michigan, en las proximida-des del Auditorium.

Durante el recorrido se reprochó no haberse con-fiado a Neville Sass, insistiendo en su condición de «gangster». Aquel hombre era bueno, y no le trai-cionaría. Su plan era audaz; pero necesitaba po-nerlo en conocimiento de…

—Hemos llegado, señor.

—Gracias, tome.

Extrajo tres dolares del bolsillo del pantalón y penetro en una casa de vecindad de lujoso aspecto. El galoneado portero le saludó con deferencia:

—Buenos días, señor Elliot. Se ha recibido una carta para usted.

Entregó un sobre a Andrew, que lo guardó en uno de sus bolsillos.

—Gracias. Permaneceré en Chicago varias sema-nas, tomándome un bien ganado descanso. Si se de-cide a cambiar de profesión, no elija la de jefe de ventas de una empresa. Envidio su paz. Sé lo que me dicen dentro del sobre. Una hermana mía viene a convalecer a mi lado.

—Tendré mucho gusto en servirla.

—Confío en usted y en su señora. Está enferma, y se le ha ordenado absoluto reposo. Se cayó del ca-ballo en su rancho de Texas, hiriéndose en la colum-na vertebral. Seguramente la acompañará un sobrino.

Pese a las seguridades dadas por Morgan al viejo doctor, Elliot no se fiaba de las promesas de un mise-rable, y temía que en cualquier momento raptaran a la muchacha y a Dick, por lo que consideraba necesa-rio ocultarles.

Despidióse del portero con un afectuoso saludo, y penetró en el departamento que tenía alquilado en la planta baja.

A solas en el cuarto de baño rasgó el sobre en me-nudos fragmentos, sin interesarse por la blanca cuar-tilla que Neville Sass, de acuerdo con él había enviado, a fin de hacer más verosímil ante el portero la exis-tencia de su hermana y su sobrino. Luego subién-dose a una silla, sacó del interior del depósito de agua un envoltorio, no muy grande.

Con manos ágiles quitó la tela impermeable que protegía de humedades a una pequeña emisora de onda corta cuya antena era el cable que, para ten-der ropa, cruzaba el patio interior, entre dos ven-tanas.

Minutos después, tras cerciorarse de que su men-saje era recibido, emitió un largo informe en mor-se, ocultando de nuevo el aparato.

En un reducido cuarto de estar, amueblado con un tresillo de cuero, una cómoda con espejo y una mesita de centro, Andrew Elliot pasó el resto de la

mañana manipulando con los cartuchos del cargador de su pistola, abstraído en sus ideas.

Comió en el restaurante del «Auditorium», el pa-lacio famoso en los Estados Unidos, no sólo por sus especiales características de construcción, sino por ser la sede de la «U.S. Weather Bureau» (**6**). A las cuatro de la tarde, aun seguro de que apenas visi-tara a Anny se reanudaría la persecución en un taxi, trasladóse al domicilio del médico.

—Hola. Andrew. Hace una hora ha recobrado el conocimiento.

—¿Puedo hablarla?

—Sí; pero sólo unos minutos.

—¿Qué mira tanto por la ventana, Neville?

—Hay dos hombres vigilando esta casa. Una de las caras la vi en el cuartel general de Morgan. Ha-ces bien en no fiarte de ese hombre.

—¿Cuándo podremos trasladar a Anny?

—Mañana, si no surgen complicaciones. ¿Cómo te las arreglarás para que no nos sigan?

—Aun no lo sé. He de pensarlo. En seguida me reúno con usted.

Anduvo por el corto pasillo que comunicaba el despacho del médico con el resto de las habitaciones, y penetró en un cuarto no muy amplio, con una ventana al exterior.

—Hola. Andrew — dijo Anny, algo pálida y es-forzándose en sonreír —. Quería darle las gracias por lo de anoche.

—No merece la pena. Me limité a cumplir con mi deber. Recuerdo que tus últimas palabras fue-ron: «¡No dispares! ¡No es responsable de sus ac-tos!» ¿Por qué no nos tuteamos? Nos une algo ín-timo, un compartido dolor que supera el muro de tu matrimonio. El «usted» se resiste en mis labios. Eres para mí de tan inapreciable valor, que daría la vida por tu felicidad.

—Gracias. ¡Me hacen bien tus palabras! ¿Ya te vas?

—Sí. El doctor me ha encargado que no te fati-gue en exceso. Hay que obedecerle. ¿Te contó mis proyectos?

—¡Ponlos en práctica cuanto antes! ¡Quiero huir a un lugar en el que Samuel no pueda encontrarme!

—Lo haremos mañana. Ya me he puesto de acuer-do con Neville. ¿Y Dick?

—A tu espalda.

El muchacho, en pijama, sonrió a su amigo.

—¿Cómo te has levantado? ¿Lo sabe el doctor?

—Él me autorizó. Me encuentro mejor, y prefie-ro estar de pie. ¿A dónde iremos, Elliot?

—Lo sabrás en el momento oportuno. Salgamos. Anny tiene que descansar.

Neville Sass, que continuaba vigilando, se volvió al sentir ruido a su espalda. Dijo, refiriéndose a Dick:

—Ya tenemos hombre. Siéntate; no conviene que abuses de tus fuerzas.

El joven obedeció y el anciano médico, al ver que Andrew se abotonaba la americana para marchar, le previno:

—¡Ten cuidado! Pueden dispararte a traición.

—Lo hubieran hecho ya. No reparé en su pre-sencia. Si me es posible, volveré esta noche. En caso contrario telefonearé.

Andrew, con perfecto dominio de sus nervios, al abandonar el portal del edificio, con un pitillo entre los dedos, acercóse a los miembros del «gang» de Morgan.

—Hola, amigos. ¿Tenéis lumbre?

Los «gangsters», desconcertados, se miraron sin responder. Uno de ellos sacó

su mechero.

—Toma. No te fíes de la tregua. Puede terminar como la otra vez: a tiros.

—Gracias. ¿Vais a seguirme? Si es así, os con-vido a unas copas. No me gusta tener a nadie a mi espalda.

—Nos quedaremos aquí.

—Mejor entonces. Voy en busca de mi rubia. Estoy libre hasta las siete. Suerte.

Con desenfado y absoluto desprecio del peligro, dió media vuelta, alejándose con paso rápido.

En un «cabaret» de baja estofa buscó la compa-ñía de una antigua conocida, una mujer provoca-tiva, con la que se entretuvo hasta las seis y media. Era una de las cantantes del local. Al despedirse, ella le dijo:

—Ven más a menudo. Llevaba tiempo sin verte.

—Tienes mala memoria, Betty. Estuvimos jun-tos anoche. ¿No te acuerdas?

—Comprendo.

—Gracias. Te prometo un buen regalo.

Cuando Elliot se reunió con Pat Garret, Velja Lynn y Giuseppe Orlando, observó en los rostros una especial tensión.

—¿Qué planes son los vuestros?

El «boss», tras unos segundos de duda, repuso:

—Cazar a Alfred Kohorn, inspector de la Metro-politana. Ese hombre acostumbra a frecuentar el «Club La Salle». Sale de él alrededor de las ocho, y recorre a pie la distancia que le separa de su domi-cilio. Tú le esperarás a la altura del «Savings Bank». Lo demás corre de tu cuenta. Dispara contra él a traición, sin darle tiempo a defenderse.

—¿Por qué le has sentenciado?

—Nos estorba. Se sospecha que puede ser el en-lace del soplón de la Metropolitana. ¿Te preocupa su suerte?

—Te lo diré después. No me advertiste de la tre-gua. Han tenido que decírmelo dos tipos de Morgan.

—Lo olvidé. Subamos al coche. Daremos un paseo antes de operar.

La palabra «paseo» previno a Elliot, que quiso desvirtuar aún más las sospechas que sobre él re-caían.

—Supongo que Morgan se habrá cargado a ese espía.

—Aun no. Un balazo es demasiado poco para él. Le daremos una muerte que horrorice a sus compa-ñeros, para que nadie se atreva a mezclarse en nuestros asuntos.

Andrew encendió un cigarrillo, encarándose des-pués con el «boss».

—Escucha, Pat. Hemos sido siempre buenos ca-maradas. ¿Por qué mandaste a uno que me siguiera? ¿Ya no te inspiro confianza? Si es así lo consideraré un insulto personal, y resolveremos las dudas a ti-ros.

Giuseppe Orlando, que iba junto a Velja Lynn, en la cabina del conductor, y que escuchaba el diá-logo, volvió levemente la cabeza. No le gustaba el tono de voz de Elliot ni tampoco el comportamiento de Garret acudiendo la noche anterior a una entre-vista con el asesino de Larry Bolt. Pat, sin perder la calma, contestó:

—Tienes un exceso de imaginación. Ignoro tus particulares problemas. No sé de qué me hablas.

—Mejor será.

Diez minutos antes de la hora prevista, Andrew se situaba en el sitio indicado por su jefe, ante el gran edificio del «Savings Bank». La afluencia de

público por «La Salle» era grande, y hubo de pasear para no ser arrollado.

No necesitaba que nadie le señalase a su víctima. Alfred Kohorn era sobradamente conocido de las gentes del hampa, que jamás se atrevieron a enfren-tarse con él, temerosos de las represalias.

A escasos metros de distancia esperaba un «Cadi-llac», en el que huiría una vez perpetrado el ase-sinato.

Anduvo nervioso, consciente de lo que se estaba jugando en aquellos minutos: el fracaso de tres años de violencia y de riesgos, convertido en un miserable más, para llegar al fondo de los turbios asuntos del «gangsterismo». La muerte no le espantaba por sí misma. ¿Quién continuaría su cometido? Era for-zoso que se mantuviese alerta.

El reloj de la fachada del palacio de los «Se-guros de Vida y Hogar» dió ocho campanadas. Elliot introdujo su diestra en el bolsillo de la americana, empuñando la automática. Acababa de ver salir por las puertas del «Club La Salle» a Alfred Kohorn.

Aguardó, tensos los nervios. El inspector caminaba despreocupado, pensando, sin duda, en su esposa y sus dos hijos. Era un hombre alto, de anchos hom-bros y rostro noble. Tendría unos cuarenta años, y fumaba con deleite un aromático cigarrillo. Andrew, que se había situado en la zona de sombra proyec-tada por un árbol, cercano a un foco eléctrico de iluminación urbana, una vez que Kohorn le hubo rebasado, sacó su pistola, disparando por dos veces a la espalda del policía, que detenido por los proyec-tiles, se dobló trágicamente, cayendo al suelo. Las detonaciones sembraron la alarma entre el público, que corrió a alejarse del lugar del suceso. Elliot, con frialdad, acercóse al que acababa de matar, y vació el cargador en su cuerpo.

—¡Sube! — le gritó Pat Garret, desde el «Ca-dillac».

Antes de obedecerlo, Andrew se apoderó de la cartera de la Metropolitana. Oyóse, lejana, la si-rena de un coche de la Patrulla Volante, que acu-día atraído por los disparos. Velja Lynn pisó a fon-do el acelerador, y el automóvil se estremeció antes de emprender una alucinante huida.

—Ve más despacio. Nadie viene detrás de noso-tros — ordenó Pat —. Enhorabuena, Andrew. Dis-te un golpe perfecto, asegurándote de que no fa-llaba.

El aludido, que cambiaba el cargador de su au-tomática, repuso:

—Me prometiste cien «pavos».

—Aquí están. Alguien pudo reconocerte. Había mucho público en derredor tuyo segundos antes de que empezaras a hacer fuego.

—Tengo una buena coartada.

—¿Con la rubia?

—Exactamente. Dejadme en el Boulevard Was-hington. ¿Es necesario que vaya con vosotros?

—No. Pienso que Morgan rompió la tregua an-terior. ¿Por qué no le imitamos?

—¿Cómo? — inquirió Giuseppe Orlando.

—Devolviéndole «inservible» a Romney Bypas. Será como privarle de su brazo derecho. Escucha, Andrew. Aseguró que eras tú el espía. Por eso te hemos puesto a prueba. De no tratarse de ti habría-mos disparado primero y preguntado después. No debes enojarte. Todas las precauciones son pocas.

—Comprendo. A él le interesa la paz porque es el más débil. Le asestamos dos rudos golpes con el robo del contrabando de licores y en el asalto a su «cabaret». De paso quiso deshacerse de mí en ven-ganza de la emboscada del

Parque Jackson, cuando hubo de huir de rama en rama de los árboles. Es imposible que un policía se infiltre en una organi-zación criminal. Ha de matar, y eso va contra la ley que defiende. Para ellos, el fin no justifica los medios.

—Posiblemente estés en lo cierto. ¿Quieres «car-garte» a Romney?

—Hacedlo vosotros. No quiero privaros de esa satisfacción. Para, Velja. Tomaré un taxi. No quie-ro que os retraséis por mi culpa.

El riesgo había sido superado. Al ver perderse a lo lejos el «Cadillac», respiró tranquilo.

No precisaba coartada alguna, y por ello, se di-rigió al domicilio de Neville Sass. ¡Era preciso sa-car a Anny, Dick y al médico antes de que se des-cubriera el asesinato del lugarteniente de Morgan! La guerra volvería a desencadenarse con ferocidad.

Vió que los dos hombres continuaban vigilando la casa, y saludándoles con un ademán de la dies-tra, entró en el portal. Mientras ascendía al piso del doctor se alegraba de su fanfarronería de por la mañana. Quizá le sirviese para el feliz éxito del au-daz plan que acababa de concebir.

Pulsó el timbre y Dick fue a abrirle, después de reconocerle a través de la mirilla.

—Hola, Andrew. No te esperábamos tan pronto.

—¿Y Anny? ¿Cómo sigue?

—Bien. El doctor y yo jugamos una partida de ajedrez.

—Lamento interrumpiros. — Entró en la biblio-teca, donde ante un tablero de grandes cuadrículas, se hallaba Neville Sass pensando en el movimiento de una torre —. ¡Es necesario que salgamos de aquí antes de que sea tarde! Esta noche Chicago cono-cerá una orgía de sangre. ¡Mataron al hombre de confianza de Morgan!

Dió por consumado un hecho que quizá estaba perpetrándose en aquellos momentos. El anciano mé-dico, incorporándose, se quitó el batín para ponerse la americana que pendía de una silla.

—¿Cómo burlaremos a los que nos espían?

—Tengo la solución. Usted, en un taxi con Anny, nos aguardará frente al «Auditorium». Dick y yo no tardaremos en llegar. No hay tiempo para obje-ciones. Baje a buscar un coche desalquilado. No le importe que uno de los «gangsters» le siga. Si le pre-guntara algo, diga que la enferma se encuentra peor, y que hay que trasladarla para una grave interven-ción. Ese será el pretexto para que usted y ella se alejen. Dick preparará el maletín de la enferma, des-pertándola. Yo me ocuparé de vigilar la calle,

Neville y Tovne abandonaron el despacho para cumplir las instrucciones de Elliot que, minutos des-pués, al ver detenerse un automóvil junto al portal, penetraba en la habitación de la esposa de Ulbrich» para envolverla en una manta y tomarla en sus bra-zos.

—Iremos a un lugar seguro, Anny. No me des-agrada la idea de trasladarla así de un lugar a otro de Chicago.

Ella desvió la mirada de la del hombre, mientras su pecho se agitaba al compás de una rápida res-piración.

Emocionado descendió las escaleras. Dick, junto a él, llevaba el maletín. Detuviéronse ante una de las portezuelas del vehículo, y Andrew deposito a Anny cuidadosamente en el asiento posterior.

—No se preocupe, Neville — dijo Elliot en alta voz para que le oyeran los secuaces de Morgan —. Ahora recogeremos su instrumental, enviándoselo con

la ambulancia. Mañana iremos a verles. Si ne-cesita algo, llámenos.

—Así lo haré, Andrew. El Hospital Alemán, con-ductor.

El doctor Sass tomó el pulso de la enferma, que simulaba estar desvanecida, y el taxi arrancó. Los dos «gangsters», que se habían aproximado, perma-necían indecisos. Elliot, volviéndose a ellos les in-formó:

—Se ha declarado una hemorragia interna. Hay que intervenir. En el domicilio de Neville falta lo necesario para practicar una operación de envergadura y repetidas transfusiones. Si os han encargado que no los perdáis de vista ya sabéis dónde encon-trarlos.

—¿Cómo no vinieron por ellos desde el hospital?

—Tardaban, y el doctor no quiso que una de-mora perjudicase a la enferma. Sube por lo que fal-ta, Dick. Así no perderemos tiempo.

La naturalidad de Andrew engañó a los secuaces del «boss» enemigo de Pat Garret. Minutos después, regresaba Tovne portando una ancha cartera.

—Los médicos están medio neurasténicos — con-tinuó Elliot —. Allí sobrará material sanitario, pero quiere tener a mano sus pinzas y demás cosas. Tar-dan los del Alemán. Llevaremos nosotros lo que es-pera Neville. ¿Venís? No os importe acompañarnos. Si habéis de continuar la vigilancia, haremos el via-je juntos. A esta hora, entrada de espectáculos, no hay muchos automóviles libres. Para mí es una ga-rantía vuestra custodia. Morgan ha dado orden de que no se moleste a la muchacha. Me temo que Samuel Ulbrich no le obedezca. — Alzó el brazo para dete-ner a un taxi que pasaba —. ¿Qué hacéis?

—Iremos.

—Es lo más sensato.

Subieron al vehículo. Andrew, en un rápido mo-vimiento, desenfundó su automática, encañonando a los dos hombres.

—¡Quietos! La tregua ha terminado. Separad los brazos del cuerpo o disparo.

—¡Traidor! — masculló uno de los «gangsters».

—Sobran palabras.

Cubriendo con su cuerpo la zona de visibilidad del chofer con la pericia de un hombre habituado a si-tuaciones difíciles, arrebató a sus enemigos los revólveres, entregándoselos a Dick.

—Si ves peligro aprieta el gatillo.

Elliot y Tovne se hallaban en los transportines, dando cara a los que custodiaron el domicilio de Ne-ville Sass. El conductor, descorriendo el cristal que separaba su cabina de la de los viajeros, dijo:

—Aun no sé a dónde he de llevarles.

—A la calle 71. Si se da prisa ganará cinco dola-res.

Veinte minutos después el automóvil se desliza-ba por *West 71th street,* en la que se alza el cemen-terio Oakwoods. Andrew, no dejaba de vigilar a sus enemigos, ordenó:

—Deténgase aquí. Mis amigos han llegado a su destino — bajó el tono de voz —. Apeaos.

Lo «gangsters», que por un momento temieron encontrar la muerte, se apresuraron a obedecer. Se-gundos después, el vehículo emprendía la marcha en dirección a Michigan Avenue. Dick se había guarda-do los revólveres en los bolsillos laterales de la ame-ricana, imitando a Andrew, que no cesaba de mirar por el cristal posterior.

—Buena treta — comentó Tovne.

—La única posible. Lo esencial es que no nos si-guen. ¿Qué metiste en la

cartera?

—Todo lo que encontré, incluso los algodones. Por cierto, se cayó esta llave.

Mostrósela a Andrew.

—Dámela. ¿No puede ir más de prisa, chofer?

—Vulneraríamos las leyes de tráfico.

Elliot, inquieto, pensaba si la forzada espera se-ría perjudicial a Anny. Pronto llegaron, y quedó tranquilo al escuchar al médico:

—Va bien. ¿Hemos de ir muy lejos?

—Dos manzanas más arriba.

Andrew despidió a su taxi y en el de Neville Sass se trasladaron a la residencia privada del joven. Lue-go de depositar a Anny en su alcoba, Elliot y Dick, en el confortable y reducido cuarto de estar, se mi-raron sonrientes. De pronto, el muchacho, que mi-raba a través de una de las ventanas, gritó:

—¡Mire! ¡Samuel Ulbrich!

En efecto. El judío alemán se paseaba por la acera, despreocupado en apariencia. Llevaba la ma-no derecha hundida en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Justifica mi salida con cualquier pretexto! No conviene que Anny y el doctor se enteren de que nues-tros esfuerzos pueden resultar vanos. La estará cu-rando.

—Así lo haré. ¡No se arriesgue demasiado! Tal vez empuñe un arma.

Pese a las precauciones que adoptó Elliot para alcanzar la calle, fué visto por Ulbrich, que se apre-suró a alejarse. Andrew le siguió, decidido a impedir que les delatara.

En la calle del Congreso, a la altura de la puer-ta principal del «Auditorium», un automóvil avan-zó hasta situarse a pocos metros de Samuel. Este, tal vez intuyendo el peligro, se detuvo en el preci-so instante en que una ametralladora entonaba su himno de muerte. Elliot, a unos diez metros, presenció el brutal asesinato, perpetrado, sin duda alguna, por los miembros del «gang» de White. Al re-ferirle el doctor su diálogo con el «boss», tuvo la certeza de que Ulbrich moriría a manos de sus com-pañeros. Morgan no perdonaba desobediencias ni ini-ciativas que pusieran en peligro la seguridad del «gang».

A Andrew sólo le preocupaba ya una incógnita. ¿Samuel siguió al doctor y a su esposa, o a él y a Dick? Tal vez el marido de Anny se hubiera man-tenido a distancia, y los que le vigilaban en espera del momento oportuno no les habrían visto a ellos. Las próximas horas serían definitivas.

Entre el tumulto originado por los disparos, mien-tras los agresores escapaban a toda marcha, retro-cedió. ¡Qué lejos estaba Morgan de imaginar que acababa de prestarle un inestimable servicio!

Dick le esperaba en el *hall*.

—He sentido las detonaciones. ¿Tuvo que matarle?

—No. Lo hicieron sus cómplices. ¡Que no se en-tere Anny! ¿Y el médico?

—En el saloncito. Le dije que había ido a com-prar tabaco.

—Hablaremos con él. Es conveniente que sepa lo ocurrido…

***

El cadáver, cosido a balazos, de Romney Bypas, fué arrojado desde un coche a la puerta misma del cuartel general de Morgan White. El «boss», adver-tido por uno de sus hombres, contempló a su fiel lugarteniente. Ya en el despacho, apretando los pu-ños de ira, masculló:

—¡Yo tuve la culpa por confiar en Garret! ¡He de acabar con él!…

VIII

—¡Extra!... ¡Extra!... Con el asesinato del ins-pector Kohorn... ¡Guerra de «gangsters»!...

—Dame un periódico, muchacho.

El vendedor, cesando en su incansable vocear, en-tregó un ejemplar del «Chicago Tribune» a Andrew Elliot, que, a las ocho de la mañana, desayunaba en uno de los veladores fronteros al «Auditorium», cara al lago Michigan. A toda plana, con grandes titula-res, leíase:

«CULPAMOS A LAS AUTORIDADES DE CHICAGO Y A LAS DE LOS ESTA-DOS UNIDOS. — ¿VUELVEN LOS TIEM-POS DE AL CAPONE? — LA MUERTE DEL INSPECTOR ALFRED KOHORN, POR LA ESPALDA. DEMUESTRA QUE NO HAY VIDA NI HACIENDA SEGURA EN LA CIUDAD. — ¿QUE HACEN LOS FEDERALES Y LA METROPOLITANA? — DURANTE LA NOCHE, BANDAS DE «GANGSTERS» SE AGREDIERON EN LAS MAS CENTRICAS CALLES DE LA PO-BLACION.»

En el reportaje afirmábase que el problema de Chicago era el problema de toda la nación, destacan-do la preponderancia de los Sindicatos del Crimen. El trabajo periodístico, bien documentado, era un golpe decisivo para los que por el soborno, el terror y la violencia habíanse erigido en dictadores. El ar-tículo terminaba con un llamamiento a la opinión pública y un reto a Washington, sede del gobierno, de la F.B.I. y de la Metropolitana.

Andrew, finalizado su desayuno a base de man-tequilla, mermelada, pan, zumos de fruta y café, tranquilo con respecto a la seguridad de sus amigos, se dirigió a las oficinas del «First National Bank», enclavado en el cruce de las calles Dearborn y Mon-roe, en pleno barrio comercial. Hasta las nueve no se abrían las puertas del edificio bancario, por lo que Elliot caminaba despacio, con el pensamiento puesto en Samuel Ulbrich cuya muerte ignoraba su esposa. ¿Cómo decírselo sin ser culpado?

La honradez espiritual de Anny era tal, que ins-piraba respeto a Andrew.

Su hora, la hora de la justicia, era llegada. ¿Có-mo y cuándo empezar?

Ya en los sótanos del «First National Bank», mientras introducía la llave en la cerradura de la ca-ja particular de Neville Sass, le invadió una sensación de culpa. ¿Por qué no solicitó permiso del médico?

Febrilmente extrajo papeles, sobres y carpetas, procediendo a un rápido examen. Se asombró al leer los epígrafes de algunos escritos: «Pasado y delitos de Morgan White»... «Historia de Larry Bolt»... «Nombres y antecedentes de la delincuencia en Chi-cago»... «Sindicatos del crimen»... «Juego»... «Pros-titución organizada»... «Drogas»... «Alcohol».

Leyó con avidez unos informes que superaban a los emitidos por él a la Central de la Metropolitana. En los folios mecanografiados no fallaba la menor re-ferencia.

Se esforzó en vano en completar el examen de unos documentos por los que cualquier periódico hu-biera pagado cientos de miles de dolares. Había más de quinientas hojas, en las que se reseñaban tal abundancia de datos que era imposible retenerles en la memoria.

—¿Te interrumpo, Elliot?

El aludido se volvió, sobresaltado al reconocer la voz del que le hablaba.

—¡Doctor!

—El mismo. ¡Sentiría mucho tener que matarte aquí mismo! No hagas ningún movimiento.

Neville Sass, con la diestra en uno de los bolsillos del pantalón, pareció taladrar a Andrew con la mi-rada.

—¿Cómo supo que iba a encontrarme aquí?

—Dick me habló de la llave, y tú sabías que yo era conocedor del pasado de Morgan. Mi referencia a este Banco me hizo comprender tus propósitos. ¡No permitiré que malogres mis esfuerzos de diez años, el haber renunciado a mi cátedra convirtiéndome en cómplice de asesinos!

—¿Con qué objeto? — repuso Elliot, sin descon-certarse —. Usted no es

capaz de matarme. Le con-sidero un hombre bueno. Faltó a su deber de ciudadano no entregando a F.B.I. o a la Metropolitana el resultado de sus investigaciones.

—¿Un «gangster» va a hablarme a mí de debe-res?

—No. Un agente especial con plenos poderes pa-ra la represión del «gangsterismo». Continuemos fue-ra el diálogo. Creo que ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa. ¿Se sonríe?

—Sí. Habrás de demostrarme lo que afirmas.

—¿Me asesinaría de no poder hacerlo?

—Quizá. ¡Dame esa llave!

Neville Sass cerró la caja privada, deponiendo su actitud hostil. Ya en la calle detuvo un taxi.

—Al lago, al muelle de recreo.

Durante el recorrido no cruzaron palabra. Los pulsos de Elliot palpitaban con violencia. ¿Qué mo-vió al médico a arriesgarse en busca de tales infor-mes? ¿El «chantaje» o la venganza? Intuía que su diálogo con Neville iba a ser decisivo para la lucha contra el crimen.

Alquilaron una gasolinera que, guiada por la ma-no experta de Andrew, no tardó en alejarse de la costa.

—Para el motor. Aquí nadie podrá espiamos. Desde mi entrevista con Morgan sospeche tu doble personalidad. Sin embargo, el asesinato de Alfred Kohorn me desorientó. ¡Es imposible que pertenez-cas a la Metropolitana y mates por la espalda a uno le sus hombres más dignos y representativos!

—¿Cómo lo sabe?

—Yo fui el que comunicó a Pat Garret el envío del contrabando de licores a Morgan. También dis-paré contra Larry Bolt.

—¡Usted!

—Sí. Era el asesino de mi esposa. Tardé en ave-riguarlo.

Hubo una larga pausa. Andrew Elliot, intuyen-do un trágico secreto en Neville Sass, inquirió:

—¿Por qué no me cuenta su historia? ¡Debe con-fiarse a mí!

Se quitó la americana y la funda axilar, de la que pendía la pistola. Ayudándose con un cuchillo rasgó el cabo que unía dos trozos de cuero, y extrajo una reproducción en microfilm de un carnet de policía.

—Véalo. De la muerte de Kohorn hablaremos des-pués.

El médico, comprobada la personalidad de su in-terlocutor, apoyando el codo en uno de los laterales de la inmóvil lancha, dijo:

—Lo celebro por Anny. Para la muchacha hu-biera sido horrible. ¡Está enamorada de ti!

—Y yo de ella.

—Lo sé. Hace veinte años vivía yo feliz en Mil-waukee, consagrado a la investigación y al hospital del Municipio Sur, del que era profesor en ci-rugía. Mi esposa y yo nos amábamos, supliendo con ese cariño la tristeza de la falta de hijos. Habitába-mos en un chalet en la orilla del lago. Berta, de fa-milia alemana, era para mí la madre, la novia y la amante.

Neville Sass cerró los ojos, cual si quisiera rete-ner el recuerdo.

—Una tarde oímos disparos, y una lancha de transporte atracó en el pequeño muelle que había-mos mandado construir para nuestros botes de re-creo. Dos patrulleras de servicio en el lago se apro-ximaban a toda velocidad. Mi esposa y yo, que pa-seábamos por las inmediaciones, nos vimos encañonados por «gangsters» que inquirieron el emplaza-miento del garaje. Dudé unos segundos, y alguien me pegó en la nuca. Al recobrar el sentido vi a Berta

tendida en un charco de sangre; a su lado, un policía intentaba taponarle una herida en el pecho. Supe lo ocurrido. Al golpearme, mi esposa comenzó a gritar y un individuo hizo luego. Después esca-paron en nuestro automóvil. ¡Fué horrible la no-che en vela, junto al cadáver! A la tarde siguiente la enterramos y me trasladé a Chicago obteniendo una cátedra por oposición. Obsesionado por la venganza lo abandoné todo, y alquilé el piso de la calle Clark. Durante meses frecuenté los tugurios. Las camareras se encargaron de propalar mi condición de médico y mis teorías contrarias a la moral. El primer clien-te me llegó temeroso de que avisara a la Metropoli-tana. Me comporté con discreción. Detrás de él vi-nieron otros. Pronto gané la confianza y el respeto de los indeseables, avalado por mis años. Olvidé de-cirte, Andrew, que los hombres que mataron a mi mujer eran contrabandistas de licores. De joven tuve afición al teatro. Caracterizado, me mezclé entre los traficantes de alcohol. Supe que los dos jefes de «gang» que más comerciaban con el Canadá, a tra-vés del Michigan, eran Larry y Morgan. Comencé a vigilarles. Este último me brindó una magnífica opor-tunidad al venir gravemente herido a mi casa. ¡Aun no sé cómo tuvo fuerzas para subir hasta el piso! Deseaba saber y me arriesgué. Aquella misma noche inyecté a White una fuerte dosis de Penthotal, comúnmente llamado «suero de la verdad». Dame un cigarrillo.

Andrew le tendió un «Philip Morris». El doctor aspiró el humo, buscando sosiego a su excitación.



¡Matadlo vosotros!...

—En estado «crepuscular», Morgan respondió a mis preguntas. El «transfert» o atracción del enfer-mo al examinador, según se define en psicología, era fácil de lograr. El «boss» estaba en mis manos. Yo podía curarle o matarle. Nunca se detuvo en Milwau-kee ni fué perseguido por las autoridades del Lago. Realizaba sus negocios de contrabando por media-ción de un individuo con el que hice amistad. El delirio de la fiebre me ayudó. Redacté la historia de Morgan, guardándola con otros papeles en mi caja fuerte, solo quedaba Larry Bolt. Una tarde, ante uno de los miembros del «gang» a que tú per-teneces, hice referencia a una casa de campo y a un matrimonio que encontró allí la desgracia. Me con-tó la historia. Él formaba parte de la expedición. Dijo que Larry fué el asesino material; moralmente lo eran todos los que participaron en la empresa. Al salir de la taberna asesté una puñalada a aquel individuo,

matándole. Otro día, disfrazado de men-digo italiano, lancé una mortal ráfaga contra Bolt. Sé que nadie debe tomarse la justicia por su mano; pero necesitaba saciar el instinto brutal que me do-minaba. Al ver las insospechadas consecuencias de la muerte de Larry, la guerra de «gangs», me dis-puse a incrementarla más. Por uno de mis conocidos, vistiendo el disfraz que utilizaba para conversar con él, me enteré de que Morgan iba a recibir un nuevo contrabando. Se lo hice saber a uno de los espías de Pat Garret. Lo demás quedó de su cuenta. ¿Vas a detenerme por asesinato? No pienso negar.

Andrew Elliot, con una sonrisa, repuso:

—Ignoro de qué me habla. Soy un delincuente. Dentro de poco, cuando se verifique la gran redada, cuide mucho de referirse a su pasado. Este documento me garantiza como miembro de la Metropo-litana, en servicio especial, para recabar la ayuda que precise. Temo…

El joven inclinó la cabeza, apesadumbrado. El médico le apremió:

—¿Qué?

—La mayor ilusión de mi vida fué pertenecer a la policía. Sin embargo me he visto obligado a in-tervenir en tantos actos delictivos que no soy digno de figurar entre mis compañeros. Se pidió un volun-tario que aceptara las consecuencias del cumplimien-to de las órdenes que iban a dársele. Nos presenta-mos tres, y me eligieron a mí. Creo que esas conse-cuencias representan la separación del cuerpo y, qui-zá, el destierro por unos años.

—No lo entiendo.

—Es fácil, doctor. ¿Cómo explicar al ciudadano que la Ley ha vulnerado la Ley? Los medios em-pleados por mí son totalmente opuestos a lo que se nos inculca en la Academia. Se pidió un hombre para la muerte. Si salgo vivo de esta aventura, habré muerto como agente y como norteamericano. Antes me acongojaba esta idea. Ahora ya no.

—¿Por qué?

—Nápoles es una ciudad deliciosa para dos seres que se quieren. Viviremos junto a la familia de Anny. ¿Me permitirá fotocopiar esos documentos?

—¿Qué hay del inspector Kohorn?

—Le reservo una sorpresa. Deme la llave de la caja y regrese a la Avenida Michigan. No tardaré en reunirme con usted. Iré, por vez primera en tres años, a la oficina técnica del F.B.I. Allí me facili-tarán lo necesario para retratar sus folios en el me-nor tiempo posible. Después, por telégrafo, me pon-dré al habla con mis jefes en Washington. Me urge terminar de una vez.

Puso en marcha el motor de la gasolinera.

—¿No me habla de su pasado?

—Carece de importancia. Mi ropa negra contri-buye a hacer más tétrica mi figura. Al morir mis pa-dres, había ingresado en la Academia de la Metro-politana. Quizá, el saberme solo, vencido por el do-lor, contribuyó a que aceptara la misión suicida de aniquilar el «gangsterismo» en Chicago. ¿Por qué mató a esos hombres, doctor? Tendrá que responder ante un tribunal. No voy a reprocharle. Usted lo ha dicho. Nadie debe tomarse la justicia por su mano. ¿Qué le indujo a convertirse en un delincuente?

Neville Sass inclinó la cabeza.

—Me impulsaba una fuerza superior a mí. Cuan-do todo termine y tú puedas proteger a Anny y a Dick, me entregaré a los tribunales para que me juzguen. Soy hombre responsable de mis actos. Yo no puedo alegar locura.

—Lo sé. Mi informe será favorable a usted.

Habían llegado al embarcadero, donde Neville entregó la llave de su caja al

agente de la Metropoli-tana que, en un «taxi», gozoso por el éxito de sus investigaciones, se dirigió al edificio bancario, no sin antes detenerse en una tienda de artículos de piel para adquirir una gran cartera.

Media hora más tarde penetraba en el despacho del Comisario Tefe del F.B.I. en Chicago. Acredita-da su personalidad, le dijo:

—Necesito de usted.

—Diga, señor Elliot.

—Preciso urgentes fotocopias de estos documen-tos, y un agente especial para que las lleve en avión a Washington. Tome. Léalos.

—Lo haré luego. He recibido instrucciones de po-nerme a sus órdenes. Llegué a creer que le habían matado. ¿En qué más puedo servirle?

—Facilíteme una aguja y cabo exactamente igual al que le muestro para camuflar de nuevo mi car-net. ¿Puedo contar con su departamento?

—Sí.

—Usted recabará la ayuda de la Metropolitana. Yo no quiero Hacerlo porque, aunque me duele tal certeza, sé que hay muchos compañeros míos a suel-do de las organizaciones criminales.

—Mis hombres son fieles hasta la muerte. No tardo en volver.

El Comisario del F.B.I. salió llevándose lo que sus servicios técnicos habrían de fotocopiar. A su regreso entregó a Andrew aguja y bramante ence-rado.

—Gracias, Comisario. ¿Cuándo saldrán para Was-hington?

—Dentro de dos horas.

—Esperaré, si no le molesto. Quiero recibir ins-trucciones directas. ¿Un cigarrillo?

—Fumemos mejor un habano.

El de la Oficina Federal de Investigación, con la sonrisa del hombre que admira el ajeno valor, rogó a Elliot que le contara su historia, a lo que el joven ac-cedió gustoso…

CAPÍTULO IX

Dick se adelantó a Elliot, que se dirigía a la habita-ción de Anny Saragat. El rostro del muchacho refle-jaba preocupación:

—¡No entre! Venga al saloncito.

Impresionado por el tono de voz de Tovne, An-drew accedió.

—¿Qué ocurre?

—El doctor Neville le ha dicho a Anny que Sa-muel Ulbrich ya no existe. Al principio…

Miró a Elliot, no atreviéndose a seguir. El agen-te de la Metropolitana le apremió:

—Continua.

—Le creyó a usted culpable. El médico, no sin esfuerzo, la ha convencido de lo contrario, revelán-dole su secreto, Andrew. Él no sabía que yo escu-chaba.

—¿Qué secreto?

—El de su personalidad de detective secreto de la Metropolitana. ¡Cómo le admiro!

Elliot, aunque preocupado por saberse descubier-to, no supo evitar una sonrisa. ¡Tanto era el entusias-mo del muchacho! No debió confiarse a Neville

Sass.

—¿Serás prudente?

—¡Me dejaría hacer pedazos antes que traicio-narle!

—¿Era eso todo?

—No. Hay más — la faz de Tovne se ensombre-ció —. Han seguido al doctor. Él no se dió cuenta pero yo vi a uno de los «gangsters» que nos vigilaban en la clínica de la calle Clark.

Andrew, en pie, comprendiendo la gravedad de la situación, se encaminó a la puerta, seguido de Dick, para correr el cerrojo. De detrás del baño sa-có un envoltorio que deshizo con dedos nerviosos pa-ra descubrir una ametralladora «Thompson» y varios cargadores de repuesto.

—Les haremos frente, si se deciden a un asalto. Cierra las persianas metálicas exteriores.

—¿Por qué no llama a la policía?

—Hasta mañana por la tarde no comenzará la ofensiva. Ellos me siguen creyéndome un «gangster». Ve a lo que te he dicho. Si os pongo bajo el amparo de la Ley creerán que les habéis traicionado, denun-ciando el emplazamiento del escondite al que os lle-vó Samuel. Entonces no cejarán hasta mataros. Es preferible que se contenten con ejercer una vigilan-cia igual a la anterior. ¡Así me darán tiempo a cap-turarles!

—¿Y si atacaran?

—¡Nos defenderíamos! No creo que lo hagan. Somos tres hombres decididos a todo.

Al oírle, Dick hinchó el pecho con orgullo.

Sin aguardar respuesta, Andrew le dejó solo en el saloncito para reunirse con Anny y Neville. Al entrar hubo unos instantes de silencio, rotos por el facul-tativo:

—Hola, Elliot. Le he dicho lo de su marido. Al-guna vez lo tenía que saber.

—Lo siento, Anny. Ha recibido el premio a su maldad. Tenía que morir para que tú fueses feliz. La Providencia quiso romper las cadenas que te li-gaban a un loco homicida.

—¡No hables así, Andrew!

—Perdona mi sinceridad. ¿Qué tal la herida, doc-tor?

—Bien. La fiebre ha remitido y…

—¡Elliot!… — gritó Dick —. Dos coches se han detenido frente al portal. ¡Vienen por nosotros! ¡Son los de Morgan!

Anny lanzó un grito de espanto, y el doctor sacó su revólver del bolsillo del pantalón, amartillándolo. Andrew actuó con sorprendente rapidez. En unos segundos tuvo en sus manos la metralleta, situándose en el pasillo, de forma que un esquinazo le prote-giera.

—Ve con Anny, Dick, y esfuérzate en tranquili-zarla.

Elliot no pudo comprobar si era o no obedecido pues a la par que numerosas detonaciones le ensor-decían, vió cómo los proyectiles disparados desde el exterior destrozaban la puerta en torno a la cerra-dura. Lanzó una ráfaga a un metro del suelo, pero no oyó ningún grito de dolor, por lo que dedujo que sus enemigos habían tomado precauciones. Un golpe violento, propinado sin duda con un hombro, hizo crujir la hoja de madera, que resistió.

Dos veces más Andrew apretó el gatillo. Quizá Morgan y los suyos, convencidos de que la sorpresa había fracasado, se retirasen. Era imposible prolon-gar un combate en pleno día y en la arteria más céntrica de Chicago.

Una ametralladora agotó su cargador contra el cerrojo que, al fin, cedió. Elliot, con los nervios ten-sos, se dispuso a dar buena cuenta de los primeros

que penetraran en el *hall*. Se equivocaba al juzgar torpes a sus enemigos. Una descarga cerrada le obli-gó a protegerse, mientras las balas se estrellaban a unos milímetros de su cabeza. Dos «gangsters», con metralletas a la cintura y sin dar tregua a sus armas automáticas, avanzaron hasta llegar al arranque del pasillo. Andrew apretó el gatillo pero su «Thompson», encasquillada, no le respondió. Se daba ya por per-dido cuando varios disparos de revólver hechos a su espalda le hicieron de nuevo confiar en el futuro. Neville Sass, en pie a su lado, hacía fuego furiosa-mente. Los dos miembros del «gang» de Morgan se desplomaron bañados en su propia sangre.

—¡Tírese al suelo, doctor!

La advertencia llegó tarde. Tres hombres más en-traron en la casa. Dos de ellos portaban metralletas de tambor, y un tercero una imponente «Parabellum». Al reconocer a Neville, uno exclamó:

—¡Maldito traidor!

Los proyectiles surcaron el aire para hundirse en el cuerpo del anciano. Elliot, que forcejeaba con su «Thompson», sintió nuevos disparos. Se volvió. Era Dick, esgrimiendo los revólveres que arrebató a los «gangsters» en el coche, poco después del traslado de Anny Saragat. El que había alcanzado a Neville Sass se desplomó, y sus dos compañeros retrocedieron al escuchar próximas sirenas policiales. La Patrulla Volante acudía atraída por el fragor de la batalla.

El silencio fue tan denso que los pasos de los re-presentantes de la Ley sonaron como cañonazos en los oídos de Elliot y de Tovne que, muy pálido, se inclinó sobre el hombre al que había derribado. An-drew le arrebató las armas, ordenándole:

—¡Vuelve con Anny! ¡Vamos! ¡Tú no te mez-claste en la lucha!

Dick comprendió, apresurándose a obedecer. El de la Metropolitana, pálido por las pasadas emocio-nes, se incorporó al ver entrar al Comisario Jefe del F.B.I. en Chicago, al que rodeaban cuatro hombres de paisano.

—Llegamos a tiempo, señor Elliot.

—No. ¡Han matado a Neville Sass!

El médico tenía seis heridas en el pecho. Sin du-da murió antes de caer, con el corazón atravesado por el plomo. Andrew le cerró los ojos y, muy pá-lido, volvióse al del F.B.I.

—Fueron oportunos. Se encasquilló mi «Thomp-son», y estuve a punto de perecer.

—Nos trajo la Providencia. Apenas se marchó de mi oficina recibimos un telegrama para usted: «Ac-tuar sin demora. Sobran los datos cablegrafiados». Vinimos a buscarle. ¿Qué hay de la mujer de Ulbrich y del chico?

—Ocúpese de que le trasladen al Sanatorio de La-ke Side. Morgan no perdona. Nosotros comenzare-mos la redada.

—Bien. — El Comisario dió órdenes a uno de los federales, quien, telefónicamente, se puso al habla con el establecimiento sanitario al que Elliot se ha-bía referido —. ¿Qué planes son los suyos?

—Esperar a que se realice el traslado, y dar es-colta a la ambulancia. Organizaremos las patrullas de asalto, dividiéndoles en grupos que no actuarán a ser posible, limitándose a ejercer vigilancia en tor-no a los lugares que designemos. Quiero terminar este asunto directamente. Perdone mi rudeza. Comi-sario. Usted es de superior categoría, pero…

—Obedeceré sus instrucciones. Así me lo ordena la Central de Washington y mi concepto de la jus-ticia. Ha conseguido solo más que todos nosotros. A usted corresponde la iniciativa.

—Gracias. — Andrew se volvió a uno de los agen-tes del F.B.I. —. ¿Han

muerto los agresores?

—No. Uno vive.

Era el «gangster» sobre el que había disparado Dick.

—Con su permiso, Comisario. Voy a tranquilizar a Anny y Tovne.

Al entrar en la alcoba, la mujer de Samuel Ul-brich lloraba con desconsuelo.

—¡Pobre doctor! Yo tengo la culpa de lo que ocurre, por no haber soportado junto a mi marido las consecuencias de mi equivocación. Os arrastré a una tragedia.

Andrew, desde la puerta, respondió:

—No estás en lo cierto, Anny. Los hechos de que hemos sido protagonistas forman parte de la cadena de terror con la que la delincuencia cerca a la ciudad, y que nosotros vamos a romper para siempre. Tu esposo era un anormal y un traficante en dro-gas. Quizá él te hubiera envuelto en sus negocios o, en un arrebato de locura, te habría asesinado. Hay que aceptar la vida sin dejarse arrastrar por ella. Ne-ville Sass ha purgado con su sangre dos delitos que, aun cometidos en personas indignas de mejor suerte, no justifican su actuación. Tú, Dick, obraste en pro-pia defensa, secundando la acción de la Ley. El fo-rajido no murió. Se curará.

—¿Es cierto, Andrew?

—Sí. — El agente secreto de la Metropolitana ob-servó que el muchacho respiraba, aliviado de una carga moral —. Serénate, Anny. No conseguirás otra cosa que empeorar tu estado. Te conduciremos, con Dick, al Sanatorio de Lake Side, para que recibas el adecuado tratamiento médico. Nadie te molestará. Dentro de unas horas, el «gangsterismo» de Chicago habrá desaparecido.

—¡Permítame que le acompañe! — rogó Tovne, con ímpetu:

—Nada ni nadie, a no ser la legítima defensa, au-toriza a los ciudadanos a disparar armas de fuego. ¡Para eso están las autoridades! Es absurdo que te expongas a innecesarios peligros. Permanece junto a Anny hasta que me reúna con vosotros.

—Pero tú puedes morir — dijo ella, angustiada, con el alma en sus palabras.

—Si la Providencia veló por mí hasta ahora, es-pero que seguirá haciéndolo. Me acompañarán cien-tos de hombres, y te prometo ser prudente. ¿Reza-rás por nuestro éxito?

—Sí, Andrew. Por ti sobre todo.

El de la Metropolitana, conmovido, acercóse a la enferma y la besó en las mejillas. Luego, pugnando por contener su emoción, salió de la alcoba.

—¿Y esa ambulancia? — inquirió al Comisario del F.B.I.

—Ahí se acerca.

El sonido de una sirena fué aproximándose. Minu-tos después, Elliot y los de la Oficina Federal de Investigación custodiaban el vehículo, en cuyo in-terior iban Anny, Dick y dos enfermeros.

—¿No le importa dejar dos hombres de guardia?

—En absoluto. Pensaba hacerlo.

Ya en el Sanatorio, tranquilos con respecto a la seguridad de Tovne y de la esposa de Ulbrich, los representantes de la Ley dirigiéronse a la Jefatura de Policía donde, ante un plano de la ciudad, en pre-sencia del inspector jefe de la Metropolitana, con-certaron el plan de ataque.

—Para rodear las manzanas de casas y establecer patrullas frente a los cuarteles generales de los «gangs», necesitaremos quinientos hombres — sugirió Andrew.

—Dispondremos de mil. En todos los distritos esperan órdenes. Me enorgullezco de pertenecer a un cuerpo en el que hay agentes como usted,

señor Elliot.

—Me limité a cumplir con mi deber.

El inspector jefe de la Metropolitana estrechó la mano de Andrew. Luego, por mediación de un capi-tán, examinando de nuevo el mapa de Chicago, comenzó:

—Transmita a los coches 16, 17, 18, 23, 27 y 52 que exactamente dentro de media hora, interrumpan el tráfico en la calle Clark. Los números 19, 20, 21, 22, 34 y 38 deben controlar las avenidas cercanas al cabaret de Morgan y a su cuartel general…

Mientras el alto jefe de la Policía continuaba dic-tando órdenes a los automóviles y a los distritos, Andrew Elliot fumaba esforzándose en contener sus nervios. Tres años de iniquidades y de riesgos iban a recibir su premio…

CAPÍTULO X

—A sus órdenes, inspector.

—Yo a las suyas, Andrew. Llegué a dudar de los resultados de su gestión. Le ruego me perdone.

—Igual me sucedió a mí.

El diálogo tenía lugar a cien metros del refugio del «gang» de Larry Bolt, primero a quien Elliot de-seaba reducir por considerarle el más peligroso. El Comisario del F.B.I. intervino:

—¿Avanzo con mis hombres?

—No. Elija a los dos más audaces. El inspector y yo iremos despacio, con apariencia despreocupada, hasta la puerta, que abriré con mi llavín. Apenas lo hayamos hecho, sus agentes se nos reunirán. Con-tando con la sorpresa, nos bastamos cuatro para do-minar a «mis antiguos compañeros». — En la ironía no faltaba amargura —. Al primer disparo, el equi-po especial, provisto de caretas y gases, debe reunír-senos. ¿Alguna objeción?

—Ninguna por mi parte. Si sale todo como pre-tende, ahorraremos vidas.

Los dos miembros de la Metropolitana, con los revólveres en los bolsillos laterales de las chaque-tas, no tardaron en llegar al cuartel general de Pat Garret. Elliot franqueó la puerta, y, esgrimiendo su automática, dijo a Giuseppe Orlando y al «gangster» que con él montaba la guardia:

—¡Alzad los brazos! ¡Pronto! Desármeles, Al-fred.

—¡Alfred Kohorn! — gritó el italiano, retroce-diendo un paso, sin dar crédito a lo que veía.

—El mismo — repuso el aludido —. No soy un fantasma sino un ser de carne y hueso dispuesto a matar.

—Entonces… — prosiguió Giuseppe, mirando a Andrew —. ¡Eres un traidor!

—Disparé cartuchos de fogueo. La prensa publi-có la nota oficial facilitada por la Policía. Fué un plan hábilmente concertado. ¡Quietos!

Giuseppe Orlando se dispuso a defenderse, aún con la certeza de su muerte, cuando la entrada de otros dos hombres le contuvo. La resistencia era ab-surda, y se entregó.

Los dos indeseables, esposados, bajo la custodia de un agente del F.B.I., fueron conducidos a uno de los coches celulares. Elliot ordenó al de la Oficina Federal:

—¡Impida que nadie abandone la casa! Mantén-gase a unos metros de mí, Alfred. Al verme no sos-pecharán, y podré encañonarles.

En el *hall* del piso primero, un «gangster» fué golpeado por Andrew antes de que consiguiera dar la alarma. Elliot, con naturalidad, penetró en el des-pacho de Pat Garret que, con Velja Lynn y dos in-dividuos más, le reprochó:

—Ya es hora de que te acuerdes de venir. ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—No. Traigo conmigo a un resucitado. ¡Al pri-mero que se mueva le acribillo! Kohorn ha venido del otro mundo a haceros una visita.

Los «gangsters», con asombro no exento de su-persticioso temor, se pusieron en pie al reconocer al inspector de la Metropolitana. Garret, comprendien-do, masculló:

—¡Perro!

Sin meditar en las consecuencias de sus actos, se-cundado por los que con él estaban, desenfundó su automática, arrojándose al suelo. No pudo impedir que

un proyectil disparado por Andrew se alojara en su hombro. El agente secreto advirtió al inspector:

—¡Cuidado, Alfred!

Sin dar tregua a sus armas a fin de impedir que sus enemigos vaciasen sobre ellos los revólveres, los dos miembros de la Metropolitana retrocedieron has-ta salir de la habitación.

—Es necio arriesgarse. Ese cuarto no tiene más puerta que la que cubrimos nosotros, interesa cap-turarles vivos. ¡Ríndete, Pat! Se te juzgará.

—Eso es lo que deseo evitar. ¡Entra a prenderme! Me doy cuenta tarde de que Morgan tenía razón.

Varios proyectiles aullaron cerca de Andrew y Kohorn que, a cubierto, aguardaron la llegada del grupo de servicios especiales. El inspector volvióse a dos de los cinco hombres quienes, con caretas, se disponían a cumplir su cometido:

—Dennos las máscaras y esperen abajo.

Elliot y Alfred, cubiertos los rostros, lanzaron al despacho de Garret varias granadas de gases lacri-mógenos, que al estallar produjeron un ruido sordo.

—¡Atención! — previno Andrew —. ¡Quizá sal-gan a la desesperada!

No se equivocó. Pat Garret, Velja Lynn y los dos «gangsters», pistola en mano, tosiendo, aparecieron en el umbral. Los policías dispararon rápidamente, sin evitar que el «boss», último en caer, oprimiera el gatillo de su revólver hiriendo a uno de los miem-bros de la Metropolitana.

Los gases y el humo de la pólvora formaban una atmósfera densa. Elliot, conocedor de la casa, abrió varias ventanas para que penetrara el aire, y, rodeado de algunos agentes, inició un minucioso regis-tro que dió por resultado la captura de tres indesea-bles más.

—¡Vayamos a la caza de Morgan, Alfred! Supon-go que querrá acompañarme.

El inspector asintió, y luego de transmitir órdenes a sus subordinados, montó con el agente secreto y el Comisario del F.B.I.

—La redada comienza con éxito.

—Sí — admitió Elliot —. Lo de Morgan será más difícil.

Al llegar al «cabaret» un capitán dió la novedad a Alfred Kohorn:

—Nadie ha salido, excepto algunos habituales clientes a los que hemos exigido la demostración de identidad. El local está lleno. Una lucha ocasionaría víctimas inocentes.

—Me temo que sea irremediable. Sin embargo… ¿Qué sugiere. Andrew?

—Reforzar la vigilancia en torno al edificio. ¿Si-tuaron buenos tiradores en los tejados inmediatos?

—Sí.

—Necesito veinte policías provistos de metralle-tas. ¿Entra conmigo, Alfred?

—No pienso dejarle ni un segundo.

El grupo de representantes de la Ley, encabezado por Elliot y Kohorn, recorrió los quince metros que les separaban del «cabaret» para penetrar en el an-cho vestíbulo. Dos «guardaespaldas» de Morgan re-trocedieron unos pasos, sin atreverse a esgrimir sus armas.

—¡Ríndanse a la Ley! — conminó el inspector, cubriéndoles con su revólver. — Fué obedecido —. Llévenselos a los coches celulares.

La detención, a cargo de tres agentes, realizóse en tan breve espacio de tiempo que los compañeros de los apresados no se dieron cuenta del peligro has-ta ver en el salón a la policía.

—¡Nadie se asuste! — gritó Andrew, alzando el brazo armado —. Abandonen el local con orden. No se preocupen de abonar la cuenta.

La concurrencia, intimidada por el tono enér-gico del que hablaba, apresuróse a obedecer. Elliot, aun viendo que los «gangsters» cruzaban entre el pú-blico para dirigirse a las habitaciones interiores en demanda de órdenes, no hizo nada por impedirlo. Interesaba que la batalla comenzase sin la presencia de los que fueron al «cabaret», convertido en salón de té en las primeras horas de la tarde, a gozar del amor, de la bebida y de la música. La tregua dura-ría hasta que Morgan White se convenciera del cerco completo. Andrew apremió:

—¡Más de prisa!

Todos se apresuraron a obedecerle, intuyendo lo que no iba a tardar en suceder. Conforme alcanza-ban el exterior, miembros de la Metropolitana y del F.B.I. procedían a identificarlos. Los sospechosos eran conducidos a los coches celulares.

Los disparos comenzaron cuando no quedaban en el «cabaret» más que «gangsters» y agentes. Elliot, ordenando desplegarse a sus hombres, se situó tras una columna, y gritó:

—¡No puedes escapar, Morgan! ¡No te enfrentas a un «gang» sino a la policía! ¡Ríndete y no provo-ques una estúpida matanza!

—¡Ven tú a buscarme! — repuso una voz bronca.

—No tardaré en hacerlo.

Una ametralladora entonó su rítmico son, y los proyectiles zumbaron en torno a Andrew que, bien parapetado, respondió al fuego. Segundos después el local convertíase en un campo de batalla en el que no tardaron en percibirse los gritos de los he-ridos. Elliot, junto a Alfred, sugirió:

—Creo, inspector, que el único camino es reple-gar a los hombres quedándonos con media docena, provistos de caretas, para avanzar envueltos en gases lacrimógenos. Advertiremos a los que cubren las otras puertas que se preparen. Quizá busquen a la deses-perada una salida, como lo hizo Pat Garret. Iré personalmente a dar esas instrucciones.

—Deje. Lo haré yo.

—Le cubriremos la retirada. ¡Fuego intenso, mu-chachos!

El estruendo fué ensordecedor. Kohorn pudo lle-gar ileso a la calle y transmitir al Comisario del F.B.I. sus planes, que merecieron completa aproba-ción.

Con las caretas puestas, en espera de que los demás agentes terminaran de abandonar las zonas peligrosas, los miembros de la Metropolitana que dirigían el ataque aguardaron el momento propicio. Elliot arrojó la primera granada contra la puerta que comunicaba la sala con las habitaciones interiores, y en las que se habían hecho fuertes los «gangsters». A partir de ese instante, las explosiones sordas se sucedieron hasta que el local estuvo envuelto en una cortina de humo.

Andrew dispuso que no se avanzara de frente sino en diagonal, a fin de evitar que las ráfagas de pro-yectiles, disparadas a ciegas por los de Morgan, les alcanzaran. Alfred Kohorn, que iba en vanguardia, llegó a unos metros del lugar de resistencia, intro-duciendo una granada.

Cesó momentáneamente el fuego. Reptando, de bruces en el suelo, el inspector, Elliot y los seis miembros de los servicios especiales consiguieron pe-netrar en el pasillo. Las balas silbaron de nuevo so-bre sus cabezas. Era imposible precisar el blanco en tan turbia atmósfera.

Más bombas de gases produjeron el pánico entre sus enemigos, a los que oyeron maldecir.

—¡Que nadie dispare! — ordenó Andrew —. Los fogonazos les orientarían.

Prosiguieron lentamente el avance hasta el des-pacho del «boss», en el que habíanse refugiado los «gangsters». Kohorn, tomando entre sus manos la metralleta del más próximo agente, destrozó la cerra-dura. Con el pie, apartándose de la línea de tiro, golpeó la recia hoja de madera, que, al entreabrirse, permitió a Elliot introducir dos granadas en el in-terior.

A ambos lados de la puerta, esperaron lo que no iba a tardar en suceder. Medio asfixiados, restre-gándose los ojos con las manos, fueron saliendo los secuaces de Morgan, de los que hiciéronse cargo los miembros de los servicios especiales. Únicamente el «boss» permaneció en el interior.

—¡Ríndete, Morgan!

La respuesta fué un convulsivo golpe de tos, que cortó un juramento. Andrew penetró en la estancia. Al fondo se hallaba White pugnando por defenderse hasta el último segundo. Debió ver la sombra del agente secreto porque masculló:

—¡Tú caerás antes que yo!

Al ir a apretar el gatillo del revólver no pudo ha-cerlo. Los gases le ahogaban. Dejó caer el arma, lo que fué aprovechado por Elliot para golpearle en la nuca con la pistola. El «gangster» se desplomó, y Andrew cargó con él, abandonando el despacho. ¡Los dos «gangs» más importantes de Chicago habían des-aparecido!

Al hacer el recuento de prisioneros. Andrew ob-servó que Murray no se hallaba entre ellos, y dedujo que le encontraría en el refugio destinado a drogas, al que condujeron a Anny y Dick. Dijo a Kohorn:

—Conviene que los que cercan los «gangs» de menor importancia se lancen al asalto sin esperar-nos.

—Comunicaremos por radio. — El inspector dió instrucciones a un sargento, que se apresuró a cum-plimentarlas —. Vamos a la calle Monroe.

—Allí está el último baluarte serio del «gangste-rismo» — comentó Andrew —. Se tienen noticias del «Loop»?

—Aun es pronto. Hará cinco minutos que comen-zaron allí la ofensiva.

El inspector, el agente secreto de la Metropolita-na y el Comisario jefe del F.B.I. se trasladaron al edificio de la calle Monroe. Unas manzanas de ca-sas antes de llegar a su destino, oyeron detonacio-nes. Alfred, sonriente, comentó:

—No han tenido paciencia para esperarnos. Ten-dremos que imponerles un correctivo.

—Lo esencial es que no hayan escapado — repuso Elliot.

Detuvieron el coche junto a los restantes vehícu-los de la policía. Un teniente se acercó a comuni-carles las novedades:

—Dos individuos quisieron salir, y tuvimos que impedírselo a tiros. Hubo una larga tregua. Sin du-da los de dentro buscaban un sitio por el que esca-par. Diez minutos antes de que comenzaran de nue-vo a disparar, un joven se detuvo en el portal. Los de dentro salieron, apoderándose de él por la vio-lencia. No nos atrevimos a hacer fuego para no he-rir al muchacho.

—¿Cómo no impidieron que se acercara a la casa?

El oficial, molesto por el duro tono con que Andrew hizo la pregunta, replicó secamente:

—Las órdenes recibidas no admiten dudas: «De-jarán pasar a todo el que quiera: salir a nadie».

—Sí… Perdone… Ha cumplido con su deber. Pensé que ese joven al que

aludía era…

Calló, como si le diera miedo expresar sus ideas. El del F.B.I., inquirió:

—¿Dick Tovne?

—Sí.

—Imposible. Les custodiamos hasta el sanatorio. ¿No lo recuerda?

—Los nervios empiezan a traicionarme. ¿Qué ar-mas utilizan?

—Una «Thompson» y automáticas — repuso el te-niente de la Metropolitana, satisfecho de la expli-cación de Elliot. No quise tomar iniciativas hasta que ustedes llegaran.

—Bien, Fulton — aprobó el inspector Kohorn —. En unos minutos decidiremos lo que haya de hacer-se. El tránsito de peatones es nulo.

—Los disparos les alejan. Aun no me explico cómo ese muchacho se atrevió a… ¿Será un repor-tero?

—Posiblemente. Los «gangsters» están sorprendi-dos de que realicemos la redada a plena luz y no amparados en la noche. Creyeron que no nos atre-veríamos a turbar la paz de la ciudad. En oficinas, organismos oficiales y domicilios debe reinar gran inquietud — contestó Alfred.

—La radio se encargará de disiparla. Tan pronto se cubran los objetivos, lo comunicaremos al inspec-tor jefe de la Metropolitana, y éste enviará una ur-gente nota a las emisoras.

La aclaración fue hecha por el Comisario del F.B.I. Elliot, meditativo, no pronunciaba palabra. Sus ojos miraban el sobrio edificio. ¿Cómo asaltar-lo? ¿Otra vez gases lacrimógenos?

—¿No han visto más que a dos hombres? — pre-guntó al teniente.

—En efecto, señor.

—Atacaremos a pecho descubierto. El único pe-ligroso es Murray. El otro será un traficante en dro-gas.

Resguardado por un árbol vió que una ventana de la planta baja se abría, asomando el rostro asustado de Tovne.

—¡Andrew!… ¡Andrew!

—Hola, Dick. No me engañó mi corazón.

—Han amenazado con matarme si atacáis. Al pa-recer piensan utilizarme de escudo. No os importe. ¡Entrad cuanto antes! No es justo que por mi tor-peza se escapen dos crimi…

Elliot observó que una mano, empuñando un re-vólver por el cañón, descendía sobre la cabeza del muchacho, golpeándole con ferocidad. ¡Dos enemi-gos! Tovne, al dar el número de hombres, facilita-ba la tarea de la Ley.

Andrew, sin meditar en el peligro, cruzó la calle deteniéndose junto al ancho portal. Fue a disparar pero el del F.B.I. le contuvo:

—Espere. Viene con nosotros un experto en gan-zúas.

Minutos después, Alfred Kohorn, Elliot y el Co-misario, pistola en mano, avanzaban por un pasillo, registrando la planta baja. Al entrar en una habita-ción vieron a Murray y a un «gangster», desconocido para Andrew, que apuntaban al insensible Tovne con sus automáticas.

—Su vida por nuestra libertad.

—No — opuso Andrew —. La libertad ya la tie-nes perdida. El que mate a Dick para nosotros pue-de representar un dolor; para ti y tu compañero, la pena de muerte. Fuera hay más de cien agentes, que entrarán al primer disparo.

—¡Tú, un policía!

—En efecto. Decídete, Murray. Tus cómplices, incluso Morgan, han sido capturados. Tengo la cer-teza de que te entregarás para ser juzgado con el

«gang». Hay abogados hábiles. Si asesinas a ese mu-chacho, que nada tiene que ver con la Ley ni con el crimen, habrás dictado tu sentencia de muerte. — Elliot miró al otro «gangster», que había bajado el revólver —. ¿Tú que decides?

—Prefiero entregarme.

Murray, desconcertado por la reacción de su com-pañero, desvió el arma del cuerpo de Dick, lo que fué aprovechado por Andrew para lanzarse contra él, en un maravilloso «plongeon».

Los dos hombres forcejearon en el suelo, hasta que un culatazo de Alfred Kohorn resolvió la pe-lea.

Elliot, en pie, contempló al que le había hecho angustiarse durante unos minutos por la vida de Tovne, que ya recobraba el conocimiento. Al ver fuera de combate a los que le capturaron, Dick miró con júbilo al agente secreto.

—Desde que me conociste no he hecho más que buscarte complicaciones. Deseaba presenciar la ba-talla, y vine hacia aquí. Los policías no me impidie-ron el paso ni sonaban disparos, por lo que deduje que llegaba tarde. De pronto, Murray y ese hombre me obligaron a entrar en la casa. ¿Estás muy enfadado, Andrew?

—Ya no, sobre todo si vuelves con Anny y le di-ces que me encuentro bien.

—Ahora mismo.

Tovne, acompañado del inspector, abandonó la casa, en la que se realizó un minucioso registro. En el doble fondo de un armario se encontraron gran-des cantidades de drogas…

***

En el despacho del jefe de la Metropolitana en Chicago, reinó el silencio. Un agente dijo desde la puerta:

—Un telegrama de Washington, señor.

—Deme.

El jefe leyó el mensaje, tendiéndoselo a Kohorn, que, a su vez, lo entregó a Andrew:

—El Comisario Principal quiere verle con ur-gencia.

—Sí. He de llevar los originales de los documen-tos fotocopiados. Ese es, en apariencia, el motivo. — Miró al del F.B.I. —. Tendremos que ir a su despacho por la cartera.

—Creo que nos queda tiempo para brindar por su éxito, señor Elliot. Las copas están llenas.

Todos bebieron. El «gangsterismo» acababa de sufrir un rudo golpe, del que tardaría en rehacerse.

Una hora después, Andrew montaba en un apa-rato militar que le condujo al aeródromo de Was-hington donde le esperaba un coche oficial para lle-varle al Departamento de Justicia de los Estados Unidos, en la Avenida de la Constitución.

El chofer, que tenía órdenes concretas, le acom-pañó hasta el piso quinto del monumental edificio, deteniéndose ante una puerta.

—Pase. Le esperan.

La sorpresa de Elliot fue enorme al ver al Di-rector del «Federal Bureau of Investigation», cuyo rostro le era familiar por «fotos» de prensa.

—Perdone. Creo que se han equivocado.

—No. Supongo que usted es Andrew Elliot, de la Metropolitana.
—Siéntese, por favor. Me honro estrechando su mano.
John Edgar Hoover tendió su diestra a Andrew, señalándole a continuación una silla junto a la me-sa. El joven, atónito, obedeció.
—Usted dirá.
—He repasado su expediente. Fué suspendido en Quantico hace cinco años. ¿Por qué no repitió el curso?
Todo lo esperaba Elliot menos la evocación del pasado.
—¿No le importa que sea sincero?
—Es mi norma.
—Pues bien, señor Hoover, me pareció absurdo perder el tiempo estudiando matemáticas. Concibo la natación, la lucha, el tiro, las prácticas policiales, los idiomas, el pilotaje de aviones, el conocimiento de armas, la química y el laboratorio. Pero aborrezco las matemáticas.
—No le creo. Obtuvo en química la máxima pun-tuación. Estaba usted capacitado para resolver el ejercicio que le presentaron. Se negó por rebelde. Al menos ese fué el criterio del tribunal de exáme-nes. ¿Se equivocaron?
—No del todo.
John Edgar Hoover hizo una breve pausa.
—Escuche, Elliot. En el cuerpo que dirijo, la disciplina es la principal cualidad estimable por los superiores. Usted faltó, y el castigo fué suspenderle. Usted entonces…
—Pedí el ingreso en la Metropolitana. ¿A qué viene tan largo preámbulo, señor?
—Voy a proponerle que pida la baja en el cuer-po a que pertenece e ingrese en el mío, en calidad de agente especial y sin pasar de nuevo por la Aca-demia. Le destinaré al país que prefiera, y pasados unos años podrá regresar a Washington. El Comi-sario jefe de Chicago me dice que le agradaría ir a Italia, concretamente a Nápoles. No tengo inconve-niente en acceder.
—Comprendo.
—¿Qué es lo que comprende, Elliot?
—La idea no nació de usted, sino de mis superio-res. La misión suicida que se me encomendó necesi-ta una víctima. Cumplí las órdenes recibidas, y no soy digno de figurar en la Metropolitana. Es un amar-go premio.
El director de la F.B.I., tras unos segundos de meditación, repuso:
—Durante tres años ha actuado en Chicago. El «proteccionismo», mal que no logramos extirpar por la complicidad temerosa de quienes lo sufren, le ha hecho enfrentarse a buen número de ciudadanos que en un futuro se escandalizarían viéndole en un cargo oficial. Es mejor romper con el pasado, iniciando una vida nueva. Unos años en el extranjero y el ma-trimonio cambian a los hombres. La patria le exige hoy ese sacrificio. A su regreso nadie recordará la época turbia de Chicago. La historia de un agente que se infiltró en las organizaciones criminales llegará a ser una leyenda. No estoy de acuerdo con sus jefes. Me enteré de que iban a pedirle su renuncia, y qui-se hacer una buena adquisición para el F.B.I. Es libre de aceptar o no mi propuesta. Tiene para pen-sarlo lo que duren nuestros cigarrillos.
Ofreció tabaco a Elliot.
—Estoy decidido. Me honra, señor Hoover.
—Bien. Esta tarde pásese por la oficina número 4 para que le provean de la documentación y del co-rrespondiente pasaporte. ¡Ah! Firme ahí. Es su di-misión. Iremos a llevársela a su jefe.

—No olvida detalle, señor.

John Edgar, una vez que Andrew hubo rubricado el documento, tomándole afectuosamente del brazo, le condujo a un despacho inmediato, en el que el Comisario Principal de la Metropolitana le felicitó.

—No hice sino cumplir con mi deber. Aquí tie-ne mi dimisión.

—Gracias. Iba a pedírsela. ¿A qué va a dedi-carse? Puedo ayudarle, y lo haré gustoso.

—Me lo quedo yo — intervino Hoover, sonrien-te —. No te preocupes. Irá lejos de los Estados Uni-dos, a Italia. Le concedo un año de permiso con sueldo para que se dedique a sus asuntos. Anny Sa-ragat acogerá con gozo la noticia.

—¿Cómo lo sabe? — inquirió Andrew.

—Pedí informes de usted. Su comportamiento con Dick Tovne merece los máximos elogios. Mi secreta-ría le conseguirá pasaje aéreo para Chicago. Buena suerte, Elliot. Tengo una cita improrrogable. Lo es-pero mañana a las nueve en mi despacho.

John Edgar Hoover abandonó la estancia dejan-do a Andrew con el Comisario de la Metropolitana, al que el joven hizo entrega de la cartera con los documentos del infortunado Neville Sass.

—Su trabajo ha sido admirable, Elliot. Una co-pia de su hoja de servicios pasará al F.B.I. ¿Es cierto lo de su boda?

—Sí.

—Acepte un regalo del Cuerpo. No pretendo pa-gar con dinero su sacrificio, sino facilitarle los me-dios para que sea feliz una larga temporada, sin ne-cesidad de atenerse a su sueldo. ¡Guárdese este so-bre! ¡Es mi última orden!

—Gracias, señor.

—Lamentaría que me juzgara cruel por admitir su separación de la Metropolitana. Las circunstan-cias…

—A ellas se ha referido el señor Hoover. Tenía de él, como casi todos los norteamericanos, un equi-vocado concepto. No es hosco y dictatorial sino hu-mano, sencillo, afectuoso. ¿Me necesita?

—No. Quiero que me prometa una cosa.

—Diga.

—Si se ve en un apuro, acuda a mí.

—Así lo haré, señor.

Los dos hombres se estrecharon fuertemente las manos, en un mudo mensaje de simpatía…

EPÍLOGO

—¿Feliz, Anny?

—¿Necesitas preguntarlo? Nunca imaginé que pu-diera ser tan dichosa, Andrew.

El nuevo matrimonio, ante la Torre Eiffel, te-niendo a su espalda el Parque del Campo de Marte y a su izquierda el río Sena, guardó silencio unos minutos.

—París es maravilloso — comentó ella.

—Permaneceremos aquí el tiempo que quieras. Después iremos a Nápoles, con los tuyos. ¿En qué piensas?

—En Dick. Debe recordarnos mucho.

—También nosotros a él. Cuando regresemos ya habrá ingresado en la Academia del F.B.I. Estoy tranquilo con respecto a su porvenir. Alfred Kohorn le ha tomado bajo su tutela. El inspector es un gran hombre. Pasemos el Sena. En los jardines del Tro-cadero, junto al Palacio de Chaillot, hay bancos de piedra. Es grata la paz.

Pasearon despacio, en el nostálgico atardecer de un día de otoño. Una hoja seca se balanceó en el aire. La tristeza invadió a los enamorados. Por la imaginación de Elliot desfilaron los nombres de al-gunos de los que cayeron en la lucha, víctimas o ver-dugos. Larry Bolt, Pat Garret, Velja Lynn, Romney Bypas, Samuel Ulbrich, Neville Sass… Morgan Whi-te y tres de sus hombres, entre ellos Murray, habían sido ejecutados, y los restantes «gangsters» purga-ban penas en los presidios de los Estados Unidos.

—¡Cuánta sangre vertida, Andrew!

—Sí. La envidia, la torpe ambición y el odio son los peores enemigos de la humanidad. No pienses en el pasado. Es cosa muerta. El futuro se nos ofrece luminoso, pleno de verdad.

Se besaron, ajenos a lo que no fuera el cariño que les rebosaba, del corazón a los labios. Un gen-darme los miró, sonriendo comprensivo…

FIN



Cuando Davidson tendió a su amigo aquella tarjeta autorizándole para una «Investigación Independiente», sabia que le daba algo así como un certificado de defunción...

Pero Bruno Scarlatti supo emplearla bien, y los cinco hombres que se había propuesto eliminar oyeron «la voz» del cañón de su pistola...

“VENDETTA EN CHICAGO“

podría titularse la historia de Bruno Scarlatti, un hombre que llevaba cinco balas dedicadas en el cargador de su pistola...

“VENDETTA EN CHICAGO“

ha titulado el genial ARNOLD BRIGGS a la última de sus novelas, un relato obsesionante que introduce al lector en los secretos de los «gangs» más peligrosos del mundo...

COLECCIÓN DETECTIVE

se honra anunciando la aparición, en su próximo número de

“VENDETTA EN CHICAGO“

¡Léala usted y la recomendará a todos sus amigos!

Notes

[←1]

() Ametralladora «Thompson». (Del «argot» de los bajos fondos)

[←2]

() Tirador de primera categoría.

[←3]

() Paseo de la Costa del Lago.

[←4]

() *Rascacielos*.

[←5]

() El «Tell-it-to» es un original aparato, provisto de un micrófono que funciona con veinticinco centavos. Al caer la moneda pone en marcha una cinta magneto-fónica que registra los pedidos de los cliente: Dicha cin-ta es escuchada luego por un grupo especial de reparto que envía a domicilio los artículos pedidos, rebajando de la factura los veinticinco centavos. De esta forma, en cualquier hora del día o de la noche puede encar-garse lo que se necesite.

[←6]

() *Estación meteorológica.*